

Selección RNR

Evelin Mordán

*Infiernos
de pasión*



Romance Histórico

Infiernos de pasión
Los Kinsberly 3

Evelin Mordán



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*Para lord Byron Kinsberly,
que me ha enseñado a dominar los sentimientos,
y no al revés.*

*Ámame u ódiame, ambas están a mi favor
Si me amas, siempre estaré en tu corazón.
Si me odias, siempre estaré en tu mente*

William Shakespeare

PRÓLOGO

Londres, finales de 1813

—En realidad, milord, no necesita hacer esto todavía.

Byron alzó la vista de los folios y la fijó en su administrador unos segundos.

—Señor Blain —dijo—, ¿qué es lo que me ha traído?

El hombre pareció no comprender la pregunta. Miró a su alrededor en busca de algún paquete hasta que divisó los papeles que había entre ellos.

—¿Se refiere a los expedientes, milord?

—¿Qué son exactamente?

—Informes de impago; de todos los socios que no cumplen, milord.

Byron se lo quedó mirando sin pestañear siquiera, con la esperanza de que aquel reconocido administrador se diera cuenta él mismo de lo que intentaba decirle. Por Dios, ¿cómo habían podido contratarlo?

—Señor Blain —masculló—, si no me pagan, ¿cómo diablos espera que no tome cartas en el asunto?

Pudo ver la nuez del hombre subir y bajar cuando se tragó su estupidez.

—Lo que... lo que quería decir, lord Kinsb...

—¡La riqueza de mi familia no va a perdurar si permito que la gente me robe! —le gritó, echándose hacia delante para interrumpir que lo llamara por ese título—. Quiero que exima una orden de pago para todas estas personas —ordenó apuntando con firmeza los papeles—, quiero ver los talonarios en esta mesa en menos de tres meses.

El señor Blain agrandó los ojos.

—La mayoría de ellos son granjeros.

—Mi negocio es la ganadería, no espero que lleven frac.

—Con todos mis respetos, lord..., milord, si le pagan, gran parte de ellos puede que se quede sin hogar. Sus granjas son lo único que tienen de valor.

—¿Tienen familia?

—No que yo sepa, pero...

—Entonces podrán salir adelante.

—Hay un noble hombre...

—¡Basta!

La furia había ido subiendo por todo su ser hasta el punto de obligarlo a ponerse en pie. Aquello lo sacaba de quicio, no podía comprender que gran parte de sus fondos provenía de gente que no tenía ni de lejos el mismo poder adquisitivo que él. Jamás había sido reacio a las clases más bajas, ni había osado despreciarlas por su carencia económica. Pero en los negocios había que asegurarse de recuperar siempre lo que se invertía, y en ese momento en que era lo único a lo que podía aferrarse, no iba a permitir que todo se fuera a la ruina.

Con la necesidad de hacer algo para sentir que tenía todo controlado, cogió al azar uno de los informes y lo miró con el ceño fruncido: Dalton Jaweys, propietario de una granja en el norte de Hampshire. Recordaba la propiedad, había sido asociada con el objetivo de recibir de allí la pérdida que había significado la ruina de la familia de su madre. No había un caso mejor para demostrar que él podía con todo aquello, que ahora era quien daba las órdenes y que, si era su responsabilidad tener todo controlado, también lo era hacer lo necesario para que así fuera, aunque significase convertirse en un nuevo hombre en el proceso.

—Haga lo que le he ordenado, señor Blain —gruñó, dirigiéndose a la puerta con el informe en la mano—. Yo me encargaré de este personalmente.

La nieve retrasó el viaje más de lo habitual. El carruaje quedó atrapado en más de una ocasión, y el propio Byron tuvo que ayudar a los lacayos a sacar las inmensas ruedas de las consecuencias del frío tiempo. Su objetivo al salir de Londres había sido resolver aquel asunto y estar en casa para pasar la Nochebuena con su familia, consciente de que aquella sería la más dura de toda su vida. Pero todo empeoraba por momentos, y su genio había llegado al

límite.

Las varias estancias en las posadas para esperar que el calor del sol los ayudara a avanzar habían causado que llegara a la casa de aquel granjero en plena Nochebuena. Aún no habían alcanzado la entrada cuando divisó las luces a través de las ventanas, y pudo imaginarse más que olerlo el aroma del pato asado. Un sentimiento de furia lo embargó al pensar en sus hermanos sentados en la mesa, mirándose entre ellos con pesar al no tenerlo cerca. Y a su madre... Ella necesitaba todo su apoyo, y lo único que había podido darle había sido distancia y reticencia a sumirse en un bucle de condolencias del que sabía que si se unía no podría salir.

Quizás no fuera tan mala idea que estuviera allí, a punto de arruinarle la vida a un hombre, y no con ellos. Ahora se darían cuenta de que ya no era el mismo. Que el Byron que ellos conocían había desaparecido junto con aquel puño de tierra que había lanzado en la tumba, y eso contribuiría a que comenzaran a tratarlo diferente.

Cerró los ojos un momento para guardar todos aquellos pensamientos como su nuevo mantra, una ley que se acababa de aplicar en el corazón y llevaría consigo el resto de su vida. El carruaje se detuvo y fue el momento de volver a una realidad tan fría o más que el propio clima de diciembre.

Estaban a pocos pasos de la casa; una estructura fabricada hacía décadas con pedazos de piedra y la ayuda de varias vigas que hacían la función de tejado. ¿Cómo podía soportar aquel hombre el frío? Salía humo por una pequeña chimenea, pero cuando iba a preguntarse si no se encendía la casa con ella, alguien salió cubierto con una gran manta.

—Feliz noche, señores —saludó un hombrecillo de unos cincuenta años que apenas caminaba bien—. ¿Se han perdido ustedes?

Aunque no usó ningún título, Byron se dio cuenta en el momento en que el señor Jaweys lo reconoció como un lord. La presencia de dos lacayos y su vestimenta fueron suficientes para que los mirara con más determinación.

—Buenas noches, señor Jaweys.

—Oh, sabe mi nombre. No todos los días se siente uno tan reconocido.

Una sonrisa con todos los dientes le trajo la imagen de uno de los dibujos que hacía William, su hermano pequeño.

—¿Qué los trae por mi hogar una noche como esta? Dudo que se hayan

quedado sin carne para cenar.

—Lo cierto es que el motivo es totalmente distinto —murmuró Byron acercándose más a él—. ¿Sabe por casualidad quién soy?

—Tendrá que disculparme, pero no suelo tratar con gente tan bien vestida.

Byron le extendió el expediente que guardaba en el interior del abrigo.

—Con él sí que trataba.

El hombre inclinó los papeles hacia la vivienda, de forma que la luz que se filtraba por la ventana lo ayudara a leer. Byron percibió un movimiento por el rabillo del ojo y fijó la vista en los cristales casi congelados, pero allí no había nadie más.

—Es mi contrato con lord William Kinsberly. —El tono de alarma de su voz volvió a encenderlo y a posar una dura mirada en él—. ¿Es usted...?

—Debe usted mucho dinero según esas cuentas —rugió Byron—. Y creo que se ha sido muy paciente con su caso.

El señor Jaweys continuó con la vista fija en los papeles, estudiando en la penumbra las hojas que delataban sus deudas. Cuando por fin lo miró, lleno de confusión y temor, Byron sintió unas férreas ganas de acabar cuanto antes y largarse de aquel inhóspito lugar.

—¿Por qué no pasa y cena con nosotros? Estas cosas no son buenas para hablar bajo este frío.

—No me interesa cenar con sus invitados, tengo una familia a la que he dejado cenar sin mi compañía para venir a resolver este problema, señor Jaweys.

—¿Problema?

Byron respiró hondo.

—Estas tierras pertenecían a la familia de mi madre, las perdió y por ello mi familia se interesó en asociarse con usted. Usted se comprometió a abonar un porcentaje de las ganancias que le proporciona el negocio ganadero de mi familia. —Paseó la mirada por las tierras un momento, en busca de más argumentos que justificaran su acción—. No veo ganado, lo que implica que no ha compartido los beneficios, no por falta de ellos, sino por falta de compromiso.

—Si usted me deja que le explique, estoy seguro de que lo entenderá. Se trata de...

—Debe demasiado dinero, señor Jaweys, me temo que no hay ninguna explicación que pueda pagar una deuda como la suya.

Ante aquello, el hombre se quedó mirándolo como si hubiera adivinado de pronto el verdadero motivo de su presencia.

Un pequeño golpe en el corazón al ver su angustia lo hizo dudar por un segundo. ¿Estaba haciendo lo correcto? Dejar a un hombre de su edad sin hogar quizás no fuera la mejor forma de llevar las riendas del título. Por ese camino, no tardaría en ganarse los adjetivos déspota y cruel. Pero ahora tenía bajo su responsabilidad a los gemelos y a su madre. Y, aunque ya estuvieran casadas, Grace y Amber seguían siendo sus hermanas y jamás las desampararía.

Había pensado que encontraría a un hombre joven que al día siguiente tendría un nuevo trabajo en cualquier granja vecina. Pero, aunque la situación era inesperada, no podía ablandarse ante ella, pues nada le aseguraba ya que los otros socios no fuesen de la misma edad. Tenía un patrimonio que cuidar.

Con la garganta reseca por la adrenalina, le arrebató los papeles de las manos y se enderezó todo lo que pudo para dar la estocada final.

—Tendrá una copia junto con una orden de desalojo en un máximo de tres días. Le recomiendo que no lo haga más difícil y se vaya antes de que las autoridades lo echen. Si desobedece la ley, vendré yo mismo.

—No —susurró el hombre.

—Su asociación con mi apellido finaliza aquí y ahora, señor Jaweys. Y la cuantía de su deuda... bueno, creo que sabe muy bien cómo funcionan los negocios.

—¡No puede quedarse con nuestra casa!

¿Por qué hablaba en plural?

—Es eso, o ir a prisión, señor Jaweys.

—Usted no lo entiende, tengo un motivo por el que no han recibido pago alguno.

—Esa parte la entiendo —masculló cada vez más impaciente por irse, tanto que comenzó a caminar hacia el carruaje, y no le sorprendió que el hombre lo siguiera—. Pero usted también debe entender que los negocios son lo primero.

—Con todos mis respetos, creo que deberíamos discutir esto en privado.

—No voy a discutir con usted, señor —le rugió antes de darle la espalda para subir al carruaje.

—¡No puede venir en Nochebuena y dejarme sin hogar! Tenga piedad, señor. ¡Ni siquiera sé quién es!

Piedad. Hacía apenas unas semanas, Byron estaba rebosante de piedad. Pero la vida le había dado un duro golpe y se había llevado muchas cosas con él, demasiadas cosas.

—Podría haber venido mañana y el resultado hubiese sido el mismo. Y por si la oscuridad no le ha permitido verlo, su deuda no podría pagarse ni con cinco años dedicándome el total de sus ganancias.

—Hablaré con lord William Kinsberly en persona —escupió el hombre—. ¡Usted no tiene corazón! Dígale que no me iré hasta que él mismo me lo exija.

Uno de los lacayos ya estaba con las riendas preparadas para poner en marcha los caballos; el otro le sujetaba la puerta para que entrara. Byron no pudo sentirse más agradecido, fue como si percibieran su necesidad de huir de allí.

—Entonces se lo exijo —le dijo con frialdad mientras lo miraba a los ojos—. Porque lord William Kinsberly está muerto, y yo soy el marqués de Kinsberly ahora.

CAPÍTULO UNO

Londres, 1814

Las obras habían finalizado al mismo tiempo que la primavera hizo brotar las primeras prímulas en Hyde Park. El edificio, construido en un barrio bien situado de la ciudad, estaba al alcance de cualquiera que quisiera ir a visitarlo y disfrutar de las almas inocentes que lo habitaban; había sido bautizado con el nombre de *Amb's Soul*.

En sincera opinión de Byron, Cedric había sacado su lado más cursi a la hora de nombrar el proyecto que entre ambos habían llevado a cabo. Pero lo cierto era que no le desagradaba en demasía que el nombre de su hermana Amber, su diminutivo concretamente, fuera parte también de todo aquello. Al fin y al cabo, gracias a aquellos huérfanos, su hermana pequeña había hallado un buen hombre con el que compartir su vida.

Una responsabilidad.

Pero no era eso lo que lo hacía respirar con tranquilidad en aquellos instantes, mientras observaba el imponente edificio rojizo, sino saber que por fin las cuentas de su familia podían dejar de ser una razón de insomnio por las noches. Aquella misma mañana, antes de asistir a supervisar el orfanato en sus primeros días de funcionamiento, el señor Blain le había hecho llegar con carácter urgente los talones que cubrían las deudas de sus socios. Algunos de ellos, avergonzados por el nuevo modo de actuar del marqués, habían desistido de mantener la sociedad. Para Byron, aquello significaba una nueva búsqueda de socios con los que afianzar la economía del negocio familiar, una tarea nada divertida que tendría que poner en marcha de inmediato. Pero, pensó, por lo menos no tendría que volver a saber nada de aquellos hombres a los que había dejado sin nada.

Hacía ya mucho tiempo que no había podido levantar la cabeza por las mañanas con un sentimiento de satisfacción, y ya que ese asunto estaba solucionado, quería dedicar una parte de su escaso tiempo en algo que lo llenaba profundamente.

Como Cedric estaba en su tardía luna de miel, había decidido retrasar unas semanas más la inauguración del orfanato. Pero lo cierto era que ya estaban en funcionamiento todas las clases para los niños que habitaban en él. Leyendo con curiosidad las cartas de algunos interesados en aportar apoyo económico al nuevo proyecto del marqués de Kinsberly, Byron se convenció de que en el mundo londinense todo dependía del título con el que se hiciera. Otras cartas, se sorprendió, eran de algunas damas que preguntaban sobre el método para adquirir a uno de los huérfanos como sus hijos.

El conocido sonido de unos zapatos acercarse a la puerta abierta del despacho principal lo incitó a abandonar el trabajo por los próximos minutos.

—Habéis hecho un buen trabajo, hijo.

Lady Georgina Kinsberly, su amorosa madre, despreció con un ademán delicado el ofrecimiento de sentarse de Byron hacia ella.

—¿Has visto a los niños?

—Son encantadores. ¿Harry es el mayor?

—Lo es —le confirmó—. Aunque Jack cada día está más alto. Pronto se pelearán por ser el macho alfa.

—¿No crees que ya tendrán familias antes de que suceda?

Byron la miró un instante.

—No sabemos si va a funcionar, madre. Son mayores, es difícil hacer pasar por tu hijo a un niño de doce o nueve años.

—La importancia de las apariencias los obligará a permanecer aquí.

—Así es —susurró Byron—. Ellos lo saben y están conformes, no se hacen falsas ilusiones.

Lady Kinsberly paseó la mirada por el despacho hasta reparar en la mesa que hacía las labores de despacho.

—Cedric y tú habéis construido esto para darles un buen hogar hasta que puedan irse —añadió con cariño—, siempre supisteis que no ganaríais nada con esto.

—Ganamos mucho, madre. Como dices, las apariencias lo son todo, y

muchos lores ya se comienzan a interesar por tener su dinero en la obra benéfica de un marqués.

—Para ti es mucho más que eso, lo sé.

Reacio a llevar la conversación por ese camino, buscó con la mirada el sombrero y el bastón de paseo y se dispuso a acompañarla al carruaje.

—Amber se pondrá manos a la obra con las niñas en cuanto regrese —le informó—. Dice que quiere instruir las ella misma para que puedan trabajar como doncellas.

El motor que impulsaba a su hermana a enseñarles a ser útiles en otros oficios era evitar que sufrieran caminos como el que se había visto obligada a tomar Kath, pero no consideró oportuno hacer a su madre partícipe de aquella historia.

—Estoy segura de que lo disfrutará incluso más que ellas. —Rio.

Aislados por la hilera de altos hierros puntiagudos, un espacio exagerado para carruajes y futuras decoraciones florales, Byron la acompañó hasta la berlina. El cochero tardó medio segundo en abrir la puerta y extender una enguantada mano para ayudarla a subir cuando quisiera, pero como era costumbre, Georgina lo miró detenidamente antes de marcharse. Él sabía lo que buscaba.

—Debes marcharte, madre —gruñó, impaciente por su actitud—. Tengo que...

—Negocios —lo cortó con pesar—. Lo sé.

Desde la muerte de su padre, Byron se había refugiado en los negocios familiares y en hacer crecer el patrimonio que su padre había mantenido con tanto éxito durante toda su vida. Para su familia, era duro ver como se alejaba de ellos cada día, mientras que, para él, era la forma más sencilla de llevar aquel cambio.

Relajado en el White horas más tardes, Byron saboreaba el contenido de su copa como quien saborea el agua tras un mes en la sequía del desierto. Ir a casa tras el momento incómodo con su madre le resultó una nefasta idea, pues siempre que percibía en ella el instinto de angustia terminaban discutiendo.

Sabía que sobre su mesa debían de haber los informes que faltaban de las deudas saldadas que el señor Blain había quedado en prepararle, pero lo cierto era que prefería centrarse en movimientos futuros y no en asuntos pasados.

Su preocupación en ese instante era asociarse con los hombres más ricos, aparte de él, de la ciudad. En aquellos momentos observaba con disimulo a los vizcondes más adinerados del club; lo cierto era que no le importaba qué título poseyeran. Barones que habían entrado recientemente a la aristocracia estaban también allí esa tarde; gracias a varios contratos de intercambios de mercancías con países del exterior, muchos hombres que no existían comenzaban a ser visibles.

Byron saludó con un discreto gesto a unos conocidos que entraban en ese instante al local; segundos después, otro caballero que destacaba entre los presentes inició un paso firme hacia él. Perfecto, siempre venía bien un poco de elegante pelea.

—Kinsberly.

—Wolfwood.

Cuando estuvo servido, Byron lanzó su primer dardo.

—Tú ya eres mi socio —dijo—, no tengo nada que negociar contigo.

—No haberme escrito, pues.

—Tenía la débil esperanza de que no vendrías.

—Muy débil, desde luego. Te veo muy solo, cualquiera se atrevería a pensar que me estabas esperando, lord Kinsberly.

Byron le lanzó una mirada significativa.

De todos los que lo conocían bien, lord Damien, marqués de Wolfwood, era el único que osaba llamarlo por su nuevo título, aunque no fuera necesario.

Aunque había entre ambos un trato de respeto y mutua admiración, Byron no olvidaba que en un pasado había hecho sufrir a Grace, una de sus hermanas. De hecho, si el marqués continuaba con vida, era gracias a que había demostrado que era digno de ella.

—No me mires así. —Le sonrió—. Tengo que cobrarte la sarta de golpes que me diste en su momento.

Cierto. Grace les había prohibido volver a pelearse, así que veía justo que se intentara desquitar de alguna que otra manera.

—Necesito que hagas algo por mí —dijo, no quería quedarse allí toda la tarde—. Somos muy pocos los socios con solvencia económica, necesito que me digas en quién puedo pensar.

Damien pareció sorprendido ante sus palabras.

—¿Vas a cambiar el objetivo del negocio familiar?

—¿A qué te refieres?

Esta vez, el esposo de su hermana se pensó mejor el modo de expresar sus palabras.

—Tu difunto padre tenía en mayor porcentaje socios ganaderos de clase baja, su objetivo era proporcionarles el ganado de forma que tuvieran los recursos para ganarse la vida.

—Esos granjeros no han pagado, razón por la que ya están fuera de la sociedad.

—Tranquilo, medio país lo sabe.

—Hacen bien.

—Byron —musitó—, no puedes hacer esto. Muchos quieren asociarse con tu apellido, pero no lo harán si lo desprestigias.

¿Significaba desprestigiar tu apellido cuando intentabas protegerlo?

—Solo dame nombres, Wolfwood, yo me ocuparé de lo demás.

A pesar de sus riñas, Byron lo apreciaba. Él y su hermana Grace le habían dado una sobrina preciosa, la pequeña Nathalie, y con el tiempo había aprendido a comprender que el amor idiotiza a muchos hombres; lo había visto en su buen amigo Cedric. Quizás por ello, cuando percibió un atisbo de preocupación en los ojos de Damien, se sintió débil por un segundo.

Pero tan solo fue un segundo.

Byron no podía permitírselo.

—Hay alguien —musitó Damien tras dar un trago a su bebida—. Su nombre comienza a sonar mucho en los bailes y encuentros sociales, estoy seguro de que no tardará en encontrar un esposo que se haga con su dinero.

—¿Esposo?

—Así es, se trata de una mujer.

—Una viuda, imagino. —Ante la muda pregunta en su rostro, Byron aclaró—: Habrá heredado las responsabilidades de su esposo.

—Te equivocas, es soltera.

Hubo un atónico silencio.

—¿Me estás diciendo que una mujer soltera está negociando en la ciudad?
Damien dejó escapar una risa sarcástica.

—¿Te preocupa que una dama esté negociando mejor que tú? Según lo que he oído, ya ha duplicado su fortuna.

—¿Es una heredera?

—Debe serlo, de lo contrario, no me explico cómo vive en las condiciones en que lo hace.

Byron estaba sorprendido. Lo primero que lo asombraba era que no hubiera escuchado nada al respecto, aunque claro, no había aceptado ninguna de las invitaciones que ya no cabían en su escritorio.

Desde la muerte de su padre, solo había visto la luz del día para las reuniones con Blain y el proceso de construcción del orfanato. Si aquella mujer era tan famosa entre los hombres de la ciudad, debía de conocerla de inmediato. No todos los días una dama se cosechaba una fama de aquella índole.

—¿Dónde puedo dar con ella? —preguntó apurando el contenido del vaso.

—Es una mujer joven, lo más probable es que te la encuentres en cualquier evento social.

Byron le agradeció la información y se dispuso a marcharse, pero Damien lo detuvo un momento.

—Kinsberly —lo llamó cuando se levantaba de la mesa—, yo de ti no me haría muchas ilusiones. Al parecer, no confía en cualquiera en los temas económicos, es de armas tomar, según me han dicho.

—Mucho mejor para mí —replicó—, eso significa que le da tanta importancia al dinero como lo hago yo.

Lord Wolfwood parecía incómodo.

—Creo que no me entiendes.

—Pues explícate.

—Hace negocios... a su manera.

Desde luego, no lo entendía. Pero si ella era la solución a la gran pérdida que había obtenido, entonces estaba perdiendo el tiempo en aquel club hablando con su elegante enemigo.

—Ya veremos —concluyó.

Era casi media tarde y fuera ya había desaparecido la luz del sol.
Había llegado la hora de salir de caza.

CAPÍTULO DOS

Mientras lord Poquet le hablaba, por cuarta vez consecutiva, de sus extensas propiedades en el norte del país y de sus grandes habilidades para acrecentar su fortuna cada año, Sofía lo descartó mentalmente para contratos futuros. Por nada del mundo quería en su vida a un hombre con un ego tan enorme. De hecho, intentaba controlarse para no gritarle allí mismo que su verruga en la nariz lo era mucho más que su fortuna, estaba convencida.

Otro hombre que no le servía.

A aquel paso, nada de lo que había conseguido podría mantenerlo. Su nombre sonaba ya por toda la ciudad, entre jadeos de indignación por las mujeres y exclamaciones de sorpresa por los hombres más curiosos.

En cuanto abrió las puertas de su casa a lores con la clara intención de entablar negocios con ella, se convenció con el cuarto visitante que nada de lo que había planeado iba a salir bien; solo se interesaban por su belleza. Y no en hacer negocios con ella, sino en tomarla como esposa para así ser dueños de la fortuna que había dicho tener.

Era una fortuna existente, por supuesto, aunque no del todo legal, diría. Por el momento, había quedado claro que en ese mundo de trajes finos, comida abundante y caros vestidos, lo único que importaba realmente eran las apariencias. Mientras su nombre continuara siendo noticia, había una pequeña esperanza de conseguir lo que pretendía.

—¿Lady Jackson?

Sofía fingió dejar de meditar en algo.

—Lo cierto es que estoy de acuerdo con usted, lord Poquet —comentó sonriente.

—¿En qué concretamente?

¿En qué? Pues no tenía ni idea. Lo había dejado de escuchar desde hacía dos cuadrillas.

—En todo, por supuesto. Es usted muy sabio, milord.

Lord Poquet sonrió, halagado. Y ella también, muy aliviada.

—Mi familia se niega a darme la razón —continuaba él—, es usted la única mujer que entiende de estos temas, milady.

—Hago lo que puedo, al fin y al cabo, me dedico a ello.

—Y tan joven...

—La edad es solo una cifra, lord Poquet.

—Aun así, me sorprende su agilidad para convencer a los hombres más reacios de la ciudad a...

—Se equivoca —lo cortó con elegancia. Un lacayo le ofreció una bebida y la aceptó con gusto. Aunque no tomaba alcohol, la hacía ver más segura de sí misma—, yo no convenzo a nadie. Los hombres que no se conforman con lo que tienen saben que solo deben recurrir a mí para ser más ricos; vienen porque lo desean, milord.

Sabía que con aquellas palabras había acortado la distancia que lo separaba de aceptar el trato. No había hombre más ambicioso en todo Londres que lord Poquet, un barón que amasaba su fortuna a base de asociarse a los más fuertes, porque él solo no era capaz de hacer multiplicar un mísero penique.

—Inteligente y hermosa —susurró acercándose a ella—. ¿Qué más podría pedir un hombre?

Consciente de que la hora y media de conversación no había cambiado el rumbo de los sucios deseos del caballero, Sofía decidió no perder más el tiempo.

—Dinero, barón —masculló—. Se puede desear dinero.

Y dejándolo con la respuesta en los labios, dio media vuelta y cruzó el pequeño salón de lady Charleston. Era agotador.

Aquel modo de vida, el vestido que llevaba puesto, fingir que era alguien que no era ni sería jamás, hacerse llamar lady cuando ni siquiera tenía un padre con título. Fingir la agotaba, y llevaba más tiempo haciéndolo del que creyó necesario para concluir lo que había empezado.

Lady Charleston, la dueña de la casa por la que se paseaba buscando a su hermana, había organizado una fiesta discreta para celebrar la llegada de su

cuarto hijo. Todos sabían que no era suyo, motivo por el que quizás nadie se molestara en disimular sus burlas cuando ella preguntaba si se notaba el parecido entre el bebé y ella. En su opinión, ningún bebé se parecía a nadie. Y si a ello le añadías que tu esposo debía embarazar a la criada para asegurar su apellido, mucho menos.

En momentos como aquel, se arrepentía de todos los pasos que había realizado en los últimos meses. Jamás debió adentrarse en un mundo tan ruin y lleno de falsedades y maldad, donde lo único que importaba era qué dama llevaba el vestido más caro aquella noche. Quizás gracias a ello había podido dar comienzo a su plan, pues mientras aparentaras riqueza, los demás creerían que la posees. Pero si él no llegaba hasta ella pronto, no sabría si podría aguantar. Y por nada del mundo quería ser ella quien lo buscara.

Encontró a Dalila rezagada en un pasillo, con otras doncellas que intentaban pasar desapercibidas mientras sus amas bailaban.

—Vámonos de aquí —le urgió.

—¿Lo has visto? —Sofía negó con la cabeza—. ¿Pero es que nunca sale de casa?

—Estoy segura de que lo hace, pero no debe interesarle mucho estos lugares.

—Creo que sé por qué —musitó mirando hacia la pista—; estas fiestas solo sirven para fardar y buscar con quien desposarse.

—Ninguna de las dos cosas me interesa, así que vámonos.

Dalila la siguió de camino a la salida un paso por detrás, como toda una doncella de verdad. A su paso, los hombres se volteaban a mirarla y pudo oír comentarios como «es ella», «esa es». Lo verdaderamente horrible de todo aquello era que media ciudad supiera de su existencia menos la persona que debía saberlo.

—¡Lady Jackson!

No fue consciente de que se dirigían a ella hasta que Dalila le dio un suave codazo en las costillas mientras se ponía el chal.

Por encima del hombro, divisó a un hombre alto que caminaba con paso firme hacia ella. Por un momento, el corazón le latió más deprisa, pero el cabello moreno la hizo soltar el aire, decepcionada.

—¿Es usted lady Jackson? —preguntó el hombre cuando llegó hasta ella.

—Así es —dijo.

El caballero parecía complacido.

—Permítame presentarme, soy...

—Disculpe que lo interrumpa, milord —lo cortó desesperada por marcharse. No podía soportar los halagos sobre su belleza de un lord más—, pero ya me iba. Será en otra ocasión.

Antes de que pudiera añadir nada más, Sofía ya había pasado las grandes puertas que dos lacayos le abrían para salir a la fresca noche. El carruaje ya estaba a punto, y desde dentro, ya sentada con Dalila frente a ella, agradecida de irse a casa, pudo ver a aquel hombre observarla desaparecer.

No estaba en su naturaleza ser grosera, pero empezaba a impacientarla recibir más propuestas de matrimonio que de negocios. Aunque, ¿qué esperaba? ¿Por qué iba un hombre a entablar lazos empresariales con una mujer si podía casarse con ella y ser dueño de toda su fortuna?

En las manos de Dios estaba que lord Kinsberly no pensara así.

Cuando Byron llegó a la fiesta de lady Charleston, buscó desesperadamente a Damien. Lo encontró hablando con el esposo de su única hermana, pero en cuanto lo vio, se disculpó y lo alcanzó en un lateral del salón.

—Dime dónde está antes de que me asfixie en este maldito infierno —gruñó.

—Acabas de llegar, Kinsberly.

—No soporto los bailes.

—¡Pero si acompañabas a Grace en todos ellos! —Una mirada iracunda lo hizo callar y aparcó el espinoso tema del antiguo comportamiento de Byron comparado con el de ahora—. Muy bien, me temo que llegas demasiado tarde.

Byron paseó instintivamente la mirada por los presentes, aunque no sabía qué aspecto tenía aquella mujer.

—Se ha ido —dijo Damien.

—¿Cómo que se ha ido?

—Para cuando logré saber quién era tu misteriosa mujer, ya se disponía a subir al carruaje.

—Maldición.

Un grito ahogado de unas jóvenes tras ellos lo obligaron a disculparse por su grosería.

—No me pareció una persona de fácil acceso —le informó Damien—, más bien, le sobra carácter a la par que belleza.

—Me importa mil infiernos su carácter y el aspecto que tenga, necesito socios. —Callaron un breve instante mientras saludaban a unos conocidos que pasaban a su lado—. Dijiste que me ayudarías, te mataré si me has hecho venir aquí para nada.

—Para tu fortuna, soy más inteligente que tú. —Damien sacó algo del bolsillo para entregárselo—. Esto se le cayó con las prisas por marcharse.

Byron reconoció una delicada y elegante tarjeta de baile repleta de nombres. Conocía a la mayoría de los caballeros que estaban apuntados en aquella lista, y se sorprendió al comprobar que todos estaban solteros. ¿Estaría buscando esposo además de socios?

—Su fortuna despierta un cierto interés en los hombres —comentó Damien leyéndole el pensamiento.

En la parte superior de la tarjeta, había escrito el único nombre de mujer: carné de baile de lady Sofía Jackson.

—Así que lady Jackson.

—La única palabra que pude cruzar con ella fue comprobar su identidad.

Si lo que Wolfwood decía era cierto, esa mujer podría serle más útil de lo que pensaba. Podía reparar el daño que había hecho a su título formando alianzas con alguien tan influyente. Que todos los hombres de repente quisieran casarse con ella demostraba que no era una persona que pasara desapercibida. Inclusive, más aristócratas podían interesarse en participar en sus negocios si añadía el capital de aquella mujer como garantía.

Después de lo ocurrido con los granjeros, para nadie era un secreto que el marqués de Kinsberly había perdido una parte de su riqueza. Aunque se continuaba considerando uno de los hombres más poderosos de la ciudad, lo cierto era que ni saldar las deudas de aquellos hombres lo había hecho recuperar todo lo que había invertido su padre. En ese momento, el apellido de su familia estaba en riesgo de considerarse inferior, ya que el difunto marqués había dedicado gran parte de su fortuna a ayudar a los más

necesitados sin ver beneficio alguno.

Sin embargo, por ahí estaba esa mujer, surgida de la nada y volviéndolos locos a todos por una belleza que no estaba convencido de que poseyera, y por una riqueza de dudosa procedencia. Tenía que encontrarla, ya no por negocios, sino por orgullo.

CAPÍTULO TRES

—¡T e prohíbo que continúes con esto, Sofía! Me niego a que mi hija se convierta en el juguete preferido de todos esos hombres disfrazados de caballeros.

—Papá, vas a crear un hueco en el suelo.

Mientras Sofía le relataba con detalles el fracaso de la noche anterior, Dalton Jaweys no cesaba de pasearse ante ella de un lado a otro con más rapidez. Desde el inicio del plan había estado reacio a que su hija se hiciera cargo de sus asuntos, pero su débil salud lo había obligado a ceder y a ser un mero espectador en los propósitos de Sofía. Sin embargo, ahora que llevaban meses tras aquel hombre y el nombre de su hija era el más comentado en los clubs de caballeros, estaba convencido de que había sido una mala idea.

—Hija —le dijo sentándose a su lado, intentando hacerse sitio entre los libros abiertos por el sofá—, esta ciudad no es un lugar seguro para que una mujer se declare independiente.

—No he hecho tal cosa.

—Presentarte ante toda la alta sociedad como una mujer de negocios es exactamente lo mismo, ¡o peor!

Sofía levantó la vista un segundo de la página y la clavó con ironía sobre su padre.

—¿Pretendías que me presentara aquí tal cual nos dejó ese miserable en Navidad? ¿Qué le implorara que nos devolviera nuestro hogar? Eso jamás hubiese funcionado, y mi dignidad no me lo hubiera perdonado jamás.

Aunque volvió a centrar su atención en el libro, no le pasó desapercibido el cansado suspiro del hombre.

—Esta no era la vida que deseaba darte.

Ninguna lágrima salió de sus ojos, pero Sofía no necesitaba volver a mirarlo para saber que sus ojos estaban brillantes como un diamante, acumulando sentimientos reprimidos que en cualquier momento lo harían explotar. No podía permitírselo; no podía perderlo. Su salud se había deteriorado mucho en los últimos meses, y el dinero que tenían a veces no era suficiente para comprar las medicinas que hacían falta.

—Papá —musitó tomándole una mano con delicadeza—, todo va a salir bien. Puede que tardemos más de lo que yo había pensado, pero lo conseguiremos. Y cuando lo hayamos logrado, nos marcharemos muy lejos.

Dalton Jaweys la miró con pesar.

—¿De verdad crees que puedes arruinar a un hombre y creer que no hará nada por vengarse?

—No podrá encontrarnos.

—Cambiarle el apellido no te hace invisible, Sofía.

Asqueada, Sofía cerró el libro de golpe y comenzó ella a pasearse por el pequeño salón decorado con motivos verdes y blancos.

—No me ayuda sentir que no estás de acuerdo con nada de lo que hago, papá.

—No pretendo ayudarte —gruñó desde el sofá—. Debiste pagar mis deudas con el dinero que recuperaste. De haberlo hecho, hoy estaríamos en paz en nuestra granja, lejos de toda esta gente capaz de devorarte con un solo comentario.

Sofía sintió un escalofrío recorrerla entera.

—Nada nos aseguraba quedar impunes, y lo sabes.

Los métodos que había utilizado para recuperar el dinero de su padre no estaban lo que se diría permitidos por la ley. Si zanjaban el tema entregándole el capital a lord Kinsberly y saldando así sus deudas, nada le aseguraba que no fueran investigados. Unos humildes granjeros no se hacían con una suma de dinero tan elevada en pocas semanas, y Sofía no había perdido ni un instante en cuanto comprendió que habían estafado a su padre.

El canalla de Ronald Keskie, intermediario entre los administradores y los granjeros, se había lucrado de su trabajo mediante engaños a los honestos trabajadores que con tanto esfuerzo lograban llevarse el pan a la boca.

Dalton Jaweys ató cabos la noche en que el marqués de Kinsberly fue a

arrebatarle cuanto tenía como saldo de su deuda para con él. Intentó explicarle que había un error, que jamás había faltado a un reitero de las ganancias del ganado que les proporcionaba, pero aquel hombre no le había dado la oportunidad de explicarse, sino que sin piedad lo había desterrado y acusado de poca honradez.

Cuando se enfrentó a Ronald Keskie, solo había conseguido provocar un ataque a su corazón que lo dejó con una débil salud.

Por eso, Sofía había tomado el mando la situación.

—Lord Kinsberly no es como su difunto padre —murmuraba Dalton Jaweys mientras se asomaba a la ventana—. Si no ha acudido a ti después de todo este tiempo, quiere decir que se considera un empresario muy por encima de una mujer que aparece de la nada asegurando una fortuna que pocos consideran digna.

—Lo hacen únicamente porque no estoy casada.

—He de recordarte que sin el respaldo de una familia ni esposo tras tu espalda nadie te tomará en serio.

Sofía cerró los ojos un momento e inspiró profundamente, recordando todos los caballeros que habían entablado una conversación con ella interesados por su historia y su fama en los negocios. Sin embargo, en algún punto, siempre salía a flote la posibilidad de cortejarla.

—Tiene que venir hasta mí —murmuró para sí misma—. Nos quedamos sin fondos. No puedo permitir que todo haya sido en vano.

Escuchó un suave movimiento a su espalda, señal de que su padre caminaba hacia ella. No quiso mirarlo, pues sabía que todo aquello lo agotaba y causaba en él un malestar que la hacía sentir como la peor hija del mundo.

—Sofía, cariño —susurró a su lado—, acabarás antes si eres tú quien acude a él. Créeme, lord Kinsberly no es como esos hombres que han propuesto cortejarte para adueñarse de los ficticios negocios que dices poseer.

De eso estaba convencida, pues de ser así, el marqués ya estaría en la ruina y hubiera aprendido la lección de lo que es dejar a una familia sin todo lo que tiene.

De pronto, ella también se sentía cansada. A veces caía en la tentación de imaginarse que se retiraban a un pequeño pueblo para vivir humildemente con lo que les quedaba, pero una parte de ella la despertaba de ese ensueño y

la traía a la realidad. Una realidad en la que había abandonado a Sofía Jaweys para convertirse en Sofía Jackson, una mujer movida por la sed de venganza.

—Hablas como si lo conocieras, papá —masculló—. No es más que un aristócrata orgulloso que se niega a recurrir a una mujer. Ambos sabemos que está buscando socios desesperadamente. En los diarios empiezan a poner su nombre con matices de desconfianza.

«Solo es cuestión de tiempo», se dijo una vez más. Un poco más de tiempo.

CAPÍTULO CUATRO

Cuando descubrió cuál era la residencia de la famosa lady Sofía Jackson, Byron sopesó la idea de hacerle una visita las cinco veces que pasó frente a su casa, en la semana próxima.

Lo detuvo no haber sido presentados ni haber conseguido coincidir con ella en todos los eventos a los que había asistido. ¡Lo estaba sacando de quicio!

Para Byron, un hombre que tenía todo bajo control, aquella situación era molesta e irritante. Su nombre ya flotaba en el aire relacionado con adjetivos como «déspota», «malvado», «cruel», y el que más le molestaba: «cobarde».

La situación de su patrimonio se ponía en riesgo cada día que pasaba al no tener socios a los que distribuir el ganado que los había mantenido en una excelente posición económica durante generaciones. La finca de su familia, aislada en un terreno de Kent, no daba abasto con los animales. Cuando su padre vivía, pensó con frustración, jamás habían llegado a ese extremo.

Londres lo sabía, y muchos de sus conocidos le mencionaban a la mujer cuyo nombre lo ponía de mal humor cada vez que lo escuchaba.

Por otro lado, las responsabilidades no hacían más que acrecentarse. Las granjas y terrenos que había obtenido como pago a las ganancias de sus antiguos socios estaban ahora descuidadas y vulnerables a malhechores que quisieran hacerse con ellas. El orfanato, todavía sin inaugurar a la espera de Cedric, requería de gran parte de su tiempo para tener todo bajo la ley. Cada día entrevistaba a institutrices y doncellas que educaran y cuidaran a los niños y niñas que habitaban en él, que habían aumentado en un número considerable desde que se acabó de construir.

La presión a la que se veía sometido no hacía más que intensificar su desazón por la vida. Cada nuevo amanecer era para él como alistarse para una

batalla distinta.

Quizás por ello, había decidido por fin poner punto final a la agotadora tarea de intentar coincidir por casualidad con lady Sofía Jackson. Por el contrario, estaba en ese momento en el vestíbulo de su acogedora casa acompañado de Damien Wolfwood.

—Seguro que no está en casa —dijo entre dientes.

—Me encanta tu optimismo, Kinsberly.

Byron lo miró con sorna.

—Soy el hombre más optimista de esta ciudad. Estoy aquí pensando que sirve para algo, eso es ser muy optimista.

Damien no pudo contener la risa.

—Me encanta verte necesitado.

Estaba a punto de contestarle algo mordaz cuando la doncella que los había recibido regresó con paso apresurado sosteniendo una nota.

—Lo lamento, lord Kinsberly, pero la doncella personal de milady dice que no se encuentra en estos momentos.

—¿Ha salido sin su doncella personal? —preguntó escéptico. Comenzaba a pensar que estaba destinado a no conocerla nunca.

—Al parecer, ha salido con... otra doncella. Esto es para usted —dijo entregándole la nota—. Puede volver a la hora que le indica la doncella personal de milady, si lo desea. Asegura que la señora lo atenderá sin problemas.

Byron arrugó el papel y lo dejó sobre un aparador cubierto de rosas en tonos claros, obsequios de admiradores.

—¡Esto es el colmo!

—¡Byron! —le recriminó Damien.

—Esa mujer ha colmado mi paciencia. Hay miles de fuentes más fiables que ella a las que pedir lo que necesito.

Furioso, emprendió el camino a la puerta sin despedirse ni dar las gracias. Su última preocupación en ese momento era ser educado. Escuchó la indignación de Damien tras él y a una desconcertada doncella que no comprendía nada.

No quería volver a escuchar el nombre de esa mujer.

Sofía vio salir a aquel hombre de la puerta de su casa con un humor de perros. Incluso antes de percatarse de la cara de susto de su padre, supo que era él.

Lord Kinsberly por fin la había ido a buscar.

Pero a pocos metros de él, se dio cuenta de que tenía un serio problema: no podía verla con su padre.

—Escucha, papá —le urgió mientras el hombre discutía con otro caballero que estaba con él—. Da media vuelta y espera en la esquina, le diré a Dalila que vaya a por ti. No volváis hasta que yo os busque, ¿de acuerdo?

Temeroso de echar a perder el momento que tanto habían esperado, Dalton Jaweys giró sobre sus talones y se alejó en el instante en que los dos desconocidos tropezaron con ella.

—Entiendo que me estaban buscando —les dijo para que se detuvieran al pasar junto a ella.

Sofía intentó no sentirse intimidada cuando aquellos dos caballeros tan bien vestidos clavaron sus ojos en ella. ¡Eran los hombres más atractivos que jamás había visto! Ni si quiera en todos los eventos sociales a los que había asistido había logrado conocer hombres tan apuestos. ¿O sí?

—Lady Sofía Jackson —la saludó el hombre de cabello moreno—. Es posible que me recuerde, coincidimos en la fiesta de lady Charleston hace una semana.

¡Claro! Era el caballero que se había acercado a ella cuando ya se marchaba, desilusionada una noche más por no hallarse con su objetivo. Recordó que por un breve instante pensó que se trataría del mismísimo lord Kinsberly, pero al divisar su cabellera morena lo descartó de inmediato, pues su padre lo había descrito como un hombre de cabellos como la miel.

Y ella no podía estar más de acuerdo.

Desvió la vista hasta él, el hombre que tanto había buscado. O, más bien, había esperado.

Tenía los ojos más feroces que había visto. Sofía dio un paso atrás instintivamente al percatarse de la amenazadora mirada que posó sobre ella.

—Ha perdido usted la oportunidad de su vida, lady Sofía —rugió él.

—¿Disculpe?

Byron acertó la distancia que ella había creado con un gigante paso. Su

objetivo era intimidarla, eso estaba claro. Lo que no comprendía era el por qué. ¿No debería ser ella la que lo mirase de esa forma tan asesina?

—Podrá engañar a los demás, pero yo no soy tan estúpido —espetó—. Ninguna mujer posee la fortuna que dice tener. Y mucho menos se dedica a algo tan impropio de una dama. Mírese, no es más que una cría.

Atónita, Sofía miró interrogante al hombre de cabello oscuro, buscando una respuesta a ese comportamiento tan insólito. Desde luego no se imaginaba así su primer encuentro con aquel patán. ¿Por qué la despreciaba tanto?

—Es usted un grosero, milord. ¿Cómo se atreve a venir a mi casa a insultarme?

—Me atrevo porque su comportamiento es indigno y sospechoso.

—Y me lo dice un caballero que osa atacarme sin revelar su identidad —masculló irritada, al tenerlo tan cerca podía ver las llamas arder en sus ojos claros—. Ni si quiera tiene fundamentos para sus acusaciones, le recuerdo que yo no lo conozco.

Byron frunció el ceño, la furia aumentaba por segundos.

Consciente de que no le quedaba nada más por decir, nada decente al menos, se limitó a observarla.

«He perdido los papeles», pensó. Se había dejado llevar por la ira del momento y había arremetido contra ella sin dudarlo. Pero Byron no se había contenido cuando la vio llegar, tan joven y angelical. En su desconfiado cerebro maquinaron mil opciones sobre quién era esa mujer y cómo había logrado enloquecerlo de aquella manera.

No se fiaba de ella.

En nada ayudaba, además, el hecho de que fuera tan hermosa. Bajo el sombrero de paseo sobresalían unos hermosos bucles marrones que enmarcaban un ovalado rostro de no más de diecinueve años. Comprendía por fin el revuelo que había creado en los hombres de la ciudad y la razón por la que todos parecían más interesados en casarse con ella que en hacer negocios.

Percibió un cierto temor en sus ojos debido a la cercanía de ambos y el tono en el que se había dirigido a ella, aunque estaba seguro de que no la había asustado tanto como parecía. Se había defendido como una leona.

Dio un paso atrás, y Damien carraspeó para destensar la situación.

—Soy lord Byron, marqués de Kinsberly —se presentó. Usó un tono más sereno, pero su hosco comportamiento perpetuaba—. Llevo buscándola mucho tiempo, y no se me conoce por ser un hombre paciente.

Ella agrandó los ojos, como sorprendida.

—Le ruego me disculpe —masculló él en tono demasiado duro para sonar sincero.

Por un momento, Byron creyó que lo ignoraría y que se marcharía altiva y orgullosa hasta el interior de su hogar, donde no pudiera verlo. Pero ella asintió casi imperceptiblemente e hizo lo que menos esperaba.

—Ya que han venido a verme, será mejor que entremos. La gente empieza a mirar.

Pasó a su lado sin apartar la vista de él, advertencia clara de que no toleraría una insolencia más. Byron no pudo menos que sonreír.

Cuando llevaron el té, solo Damien y ella se sirvieron.

—Tiene usted una casa muy acogedora, lady Sofía —murmuró Damien—. ¿Vive aquí sola?

—En efecto —contestó ella pasando brevemente la mirada sobre el salón—. Mi familia vive en América.

«Muy conveniente», pensó Byron.

—Ahora comprendo su apellido —masculló—. Solo a los americanos se les ocurre tener un nombre de pila como apellido.

—¡Kinsberly, maldita sea!

—Déjelo, lord Wolfwood —musitó ella, mirándolo sin pestañear siquiera—. Está claro que lord Kinsberly tenía prisa por encontrarme y ello le ha causado un inquietante mal humor.

Él apretó la mandíbula; lo sabía. Sabía lo que quería de ella. No soportaba que ella supiera que la necesitaba.

—¿Va a mirarme con esa cara toda la visita, lord Kinsberly? ¿O le parece mejor que hablemos de la razón que lo ha traído hasta aquí?

Damien parecía impaciente y avergonzado, y lo cierto era que él mismo comenzaba a sentirse estúpido. Su orgullo le estaba jugando una mala pasada.

—Tengo entendido que usted es una mujer de negocios —le dijo, mirándola fijamente.

—Así es.

Se quedó mudo un segundo al ver sus elegantes manos remover el té con la cucharilla.

—Vengo a proponerle asociarse conmigo.

Byron esperaba una expresión de sorpresa, satisfacción o algo similar. Pero ella apuró el contenido de la taza y la dejó con cautela sobre la bandeja auxiliar. Cuando volvió a mirarlo, Byron supo de alguna manera que ella lo había estado esperando.

—Si no me equivoco —dijo ella—, no hace mucho, usted se deshizo de todos sus socios. Esto lo ha puesto en una situación comprometida, pues el negocio de su familia se lucra prácticamente de ellos.

—Me aportan mi parte de los beneficios que les proporciono —replicó—. Yo les doy ganado, ellos me dan capital.

Sofía sonrió.

—¿Y pretende que yo venda ganado?

—Puede ser una fuente para multiplicar su fortuna.

—Puede disponer de un administrador para que se encargue de esas cosas —le informó lord Wolfwood—. Usted solo tendría que firmar los acuerdos con lord Kinsberly. Esa sería toda su intervención, relativamente.

Ella pareció pensarlo un segundo, pero la impaciencia de Byron volvía a apoderarse de él.

—Puede que su fortuna sin marido alguno haya sido de gran sorpresa, pero hasta donde yo sé, todavía no hay un solo hombre al que le haya ofrecido entablar negocios, lady Sofía.

—Es usted el desesperado, lord Kinsberly, le convendría recordarlo.

Las miradas desafiantes se retaron entre sí. El problema en todo aquello, comprendió Byron, era que los dos querían tomar la situación a su favor.

Pero no había dicho nada que no fuera cierto.

Por mucho dinero que tuviese, ningún hombre decidiría asociarse con ella, no mientras pudieran casarse. Pero a él no le interesaba el matrimonio, y eso lo convertía en su última esperanza. Y a ella, en su mejor salida.

—Ambos podemos salir beneficiados —le dijo—. No debe temer, ni si quiera verá una res.

—No le tengo ningún miedo al campo, lord Kinsberly.

—Entonces no veo cuál puede ser el inconveniente —musitó con

condescendencia—. ¿No quiere aumentar su fortuna? Si no pretende casarse, la va a necesitar.

Ella miró a Damien, como siempre que él le decía algo que la ponía inquieta. Ya casi podía leerle el pensamiento; sonrió para sí.

—Tengo que pensarlo.

Cuando él sonrió, Sofía estuvo a punto de decirle que toda esa farsa no era necesaria, que tenía el dinero que su padre le debía y que se lo daría todo con tal de poder volver a la granja de su familia. Por un momento, se vio haciéndolo en su mente, contándole la verdad y tendiéndole un cheque en el que iría escrita su libertad y la de su familia. Se olvidó un segundo de la venganza y lo que había tenido que hacer para llegar hasta allí, y se imaginó que gracias a ello él dejaba de mirarla como si conociera todo lo que ocultaba.

Byron le extendió una tarjeta que ponía dónde podía encontrarlo cuando tuviera una respuesta.

—Será mejor que la dejemos a solas para que lo piense bien —murmuró lord Wolfwood mientras ambos se ponían en pie.

—Espero noticias tuyas, lady Sofía.

Ella asintió, de pronto sin poder articular palabra.

¿Qué estaba haciendo? ¿Dónde se estaba metiendo?

—Casi lo fastidias, por los mil infiernos.

—Esa mujer no me inspira confianza.

Damien lo miró, atónito.

—Oh, tienes razón, parece el demonio personificado —masculló con sarcasmo.

Byron se quitó el sombrero para darle vueltas un segundo.

—Lo digo en serio. Tiene algo que no me gusta.

—Por supuesto; que ella no te necesita, y tú la necesitas a ella.

Lo meditó unos instantes.

¿Sería ese el único motivo por el que no confiaba en lady Sofía Jackson? Que no se supiera nada de su familia tenía lógica si era americana. De la misma forma que era muy probable que su fortuna se hubiera amasado en la

otra punta del mundo y en ese momento quisiera venir a Londres a acrecentarla mucho más. Pero ella parecía muy joven, era casi ilógico que ningún familiar la hubiese acompañado.

—Sé que dirá que no —murmuró mientras doblaban una esquina—. Y lo cierto es que me da igual, tampoco me estoy arruinando. Buscaré otra forma de sacarle partido al negocio.

Estaba convencido de que no volvería a verla, que como mucho recibiría una nota comunicándole que no era posible un pacto entre ellos.

Casi lo había asumido y aceptado cuando, al llegar a casa el señor Blain, este lo esperaba con más malas noticias.

CAPÍTULO CINCO

Cuando Sofía le contó a su padre todo lo ocurrido, él solo acrecentó su firme resolución de obligarla a abortar sus planes. Durante la cena, remarcó una y otra vez la gravedad de lo que podía ocurrir si lord Kinsberly la descubría, si investigaba su verdadera identidad motivado por la desconfianza que le profesaba.

La posibilidad, por mínima que fuera, de que su hija acabara en la cárcel por estafa era algo que lo llevaba al extremo de sus esfuerzos para su débil salud. Impotente, recordaba sus palabras antes de dormirse unas horas antes.

—Tú tienes mucho más que perder, pequeña.

Se le inundaron los ojos de lágrimas contra su voluntad.

Sabía que todo lo que estaba haciendo estaba mal, que no era propio de ella guardar tanto rencor en su corazón y tener tan malas intenciones hacia un ser humano. Pero lo cierto era que no podía olvidar el estado en el que había quedado su padre aquella noche. No paraba de evocar en su mente una y otra vez su rostro de horror cuando les dijo que no tenían dónde vivir desde aquel instante.

Y Ronald Keskie había sido la gota que rebasaba la copa.

—Papá entiende por qué lo haces, Sofía.

Tan sumida en sus pensamientos, no percibió cuando su hermana pequeña entró en la habitación para acostarse. La miró por encima del hombro, sentada el alféizar de la ventana.

—¿Tú crees?

Con disimulo, apartó una lágrima rebelde que rodaba por su mejilla. Dalila no podía verla llorar. Para ella, Sofía era el puente a la libertad que les habían arrebatado. El camino a la estabilidad que toda niña de trece años desea tener.

—Nos preocupamos por ti, eso es todo —musitó mientras se metía en la cama contigua a la suya—. Parece que ese señor puede ser muy peligroso.

Sofía cerró la ventana y fue a acostarse ella también.

—Es un patán —masculló—. Cree que tiene el mundo a sus pies por ser parte de una de las familias más importantes de Londres.

—Los Kinsberly son muy respetados —musitó con tacto—. Nadie se atreve a hacerles daño.

—Yo seré la primera.

—¡Sofía!

—Baja la voz —gruñó.

Amabas se sentaron de cara a la otra en el borde de la cama para no despertar a su padre.

—Me da miedo cuando hablas así —susurró Dalila.

—Mi guerra es contra el marqués, Dali —la tranquilizó—. No tengo intención de conocer a ningún Kinsberly más. Bastante he tenido con conocer al cuñado esta tarde.

Sofía percibió una tímida sonrisa en los labios de su hermana.

—¿Qué sucede?

Ella se tapó un segundo el rostro con las manos, avergonzada.

—Los estaba espionando cuando Gertru los recibió —dijo—. ¡Eran tan apuestos!

Los ojos claros de él acudieron a su mente como un relámpago. Un pensamiento que fue directo al estómago.

—Lord Kinsberly tiene otro cuñado, en realidad. Y por lo que dicen, se protegen como hermanos —comentó su hermana—. Al parecer, era un hombre de los suburbios de Londres, y el marqués lo rescató de aquel bajo mundo.

Sofía la miró asombrada.

—¿Dónde has oído eso?

—Ser tu doncella me da acceso a muchos chismorreos.

La ansiedad por saber más fue más fuerte que su reticencia a hablar de él.

—¿Qué más sabes?

Su hermana pareció encantada de poder contar todo lo que sabía.

—Han construido un orfanato, ¡y es inmenso! Mucha gente quiere formar

parte de ello; las inversiones para aparecer en la placa de fundadores crecen cada día. Pero lord Kinsberly es muy selectivo con quien deja entrar en lo que considera su segunda familia.

Parecía mentira que alguien capaz de dejar a un hombre mayor en la calle una noche de Navidad fuera al mismo tiempo tan bondadoso de dar cobijo a niños sin familia.

—¿Cuándo le dirás que aceptas ser su socia? —preguntó Dalila, volviéndose a introducir entre las mantas.

—No lo sé.

Y tampoco sabía si debía decirle que sí. Contaba con encontrarse a un hombre cruel y antipático, pero no contaba con hallarse a alguien tan apuesto.

Para su fortuna, Dalila se durmió al primer bostezo, y ya no tuvo que responder más preguntas a las que no conocía respuestas.

CAPÍTULO SEIS

Amber y Cedric llegaron en el momento más inoportuno.

La casa de la familia Kinsberly rebosaba de felicidad, mientras que Byron buscaba el momento adecuado para tirarse un tiro.

Como era de esperar, habían vuelto a casa con la noticia de que pronto habría otro bebé en la familia. Grace casi lloró de la emoción de que su hermana pequeña ya fuera a convertirse en madre, por no hablar de la exagerada reacción de la marquesa viuda.

Él estaba feliz. Se sentía conforme de verlos a todos sonriendo y ajenos a lo que ocurría, y sentía algo en el pecho que lo obligaba a sonreír de vez en cuando al imaginar a Amber con un bebé en brazos.

Aunque quería compartir más tiempo con ellos, apuró el contenido de su copa y se marchó sin que nadie se diese cuenta.

Su despacho, anteriormente el de su padre, estaba iluminado por el día resplandeciente que hacía. El sol brillaba y las nubes habían dado una oportunidad a que el azul del cielo se viese.

Se sentó tras el escritorio y se dispuso a escribir una nota a lady Sofía Jackson. Si creía que lo iba a hacer esperar para hacerse la interesante, estaba muy equivocada. Tenía pensado visitarla esa misma tarde y exigirle una respuesta inmediata a su propuesta.

Había perdido un socio más.

Esta vez, no había sido él quien había roto el contrato, sino un conde que había aportado importantes ganancias durante muchos años. Una cantidad de la que sin duda se vería afectado al dejar de percibirla.

Ahora más que nunca necesitaba a alguien que retornara el equilibrio a su vida empresarial.

Mientras escribía la nota, percibió un movimiento en la puerta abierta de la estancia. Cedric se sentó sin decir nada para no interrumpirlo, y solo cuando Byron llamó a un lacayo y le dio la orden de entregar la misiva se atrevió a entablar una conversación con él.

—¿Qué sucede, Hall?

Un sentimiento de angustia rasgó en su interior al escuchar el diminutivo de su antiguo título.

Desde que lo conocía, Cedric lo había llamado siempre así, haciendo referencia a Hallington, el nombre que debería seguir llevando.

—He perdido muchos socios —contestó.

Cedric se encogió de hombros.

—Eso ya lo sé —murmuró—. Pero ¿cuál es el problema? ¿Desde cuándo es complicado para un marqués conseguir socios?

Nunca lo era, cierto. Pero el hecho de mancillar su reputación como un hombre sin piedad en los negocios podía ser un factor que jugara en su contra.

—Me temo que no hay muchas personas que quieran asociarse con un patán.

Byron le relató brevemente lo que había hecho con los granjeros que su padre había considerado como pilar principal en sus ganancias. A medida que hablaba, supo que había cometido un gran error.

No es que no se hubiera dado cuenta antes, pero al decirlo en voz alta y ver la reacción de Cedric, alguien que venía de los fondos más bajos, reconoció para sí mismo que no había hecho nada bien desde que había enterrado a su padre.

¿Era posible que perder a la referencia que más se admiraba una persona cambiara tanto?

—Eres un miserable, Hall.

Sabía que no lo decía en broma y también estaba de acuerdo en que se lo merecía. El hecho de que fuera precisamente él quien se lo recordara podía ser la razón de que le doliera más.

—Tenía que hacerlo —dijo entre dientes.

—No has ganado nada. ¿O sí?

En realidad, había ganado cuatro granjas. Una a las afueras de Londres, otra

más al sur, y dos al norte.

—No estoy en la ruina —aclaró—. Simplemente necesito a alguien que vuelva a apostar por los Kinsberly. —Byron pensó en la nota que acababa de enviar, ansioso por que llegara la tarde para ver a lady Sofía Jackson—. Ya tengo a esa persona, además.

Cedric arqueó las cejas.

Cuando le contó brevemente su extraño encuentro con la joven, se alegró de no ser el único que desconfiara de ella. Al igual que Byron, Cedric pensaba que era muy extraño que una mujer en edad casadera se dedicara a actividades tan impropias de una dama en lugar de buscar marido.

—No es de extrañar que nadie haya entablado negocios con ella —dijo su amigo—. Nadie lo hará mientras no esté casada.

—Lo que quieren es casarse con ella.

—Tiene lógica.

Byron asintió.

—Es mi opción más asequible, por lo menos hasta que la gente se olvide de lo sucedido.

Para cuando consiguiera nuevamente ser considerado uno de los lores más rentables para asociarse y su nombre dejara de ir acompañado de adjetivos acusativos, la muchacha ya no le haría ninguna falta. Y quizás le diera pie a que otros caballeros se interesaran en ella para más que cortejarla o invitarla a bailar.

De alguna forma, ella también lo necesitaba, aunque todavía no lo sabía.

Mientras esperaba la hora para visitar a lady Sofía Jackson, decidió dar un paseo camino a su casa. Podía haber acortado distancia si cogía un caballo, pero con tanta tensión durante los últimos días, un rato andando sería agradecido por su mente agotada.

Su sorpresa al divisarla ante el escaparate de una tienda no fue comparable con el desconocido escalofrío que recorrió su cuerpo al percibir el peligro.

Mientras ella observaba con inocencia unos sombreros tras un cristal al lado de su doncella, unas damas de muy buena cuna murmuraban sin cesar tras ella. Más allá, más disimuladamente, un hombre que portaba una chaqueta

vieja y sucia no les quitaba la mirada de encima.

Él no parecía un peligro, pero previno más que vio el momento en que las mujeres se acercaron a ella y la obligaron a girarse con un tirón en el vestido.

Byron quedó petrificado ante lo inverosímil de la situación, pues ninguna mujer de clase alta se atrevía a armar un escándalo en plena calle. Las críticas y el riesgo social que corrían eran impredecibles.

Lady Sofía parecía igual de incrédula que él, y su joven doncella se veía dispuesta a saltar encima de cualquiera de las dos.

Byron apresuró el paso para intervenir.

Sofía sostuvo el brazo de Dalila con más fuerza.

—¿Cómo se atreve a hablarle en ese tono a mi señora? —rugió—. Lárguense de aquí si no quieren que...

—Usted no es de aquí, señorita —escupió una de ellas, la que parecía tener la voz cantante—. Sabrá Dios de qué antro habrá salido y quiere hacerse pasar por una dama.

—¿Pero es que no se da cuenta de que por más que lo intente no lo va a conseguir?

—Nuestras dotes son mucho más elevadas que lo que usted pudiera ofrecer.

Sofía intentó mantener la calma.

—No tengo ninguna intención de parecerme a alguien como ustedes —replicó con una airosa sonrisa—. Y no necesito usar mi dote en absoluto, no estoy buscando esposo.

—¡Miente!

—El prometido de lady Valery —dijo la segunda, aludiendo a la primera— tiene intención de cancelar el compromiso.

La joven se encogió de hombros.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso?

—¡Usted es la culpable! —le espetó lady Valery.

—¡Suéltame, Sofi, le voy a dar su merecido a esta...!

Sofía logró tapar la boca de su hermana pequeña a tiempo, antes de que cometiera una imprudencia de la que no podían dar marcha atrás.

—No les permito que me ofendan sin motivos, señoritas.

—Buenas tardes.

Con la tensión de la situación, no se había percatado de que una persona

más se había sumado a la conversación. Pero su presencia ocupó el espacio y acaparó la atención de las presentes.

—¡Lord Kinsberly! —exclamó una de ellas, ya no supo cuál.

Su semblante parecía ligeramente preocupado. Y cuando pasó despacio la mirada sobre aquellas desconocidas y después la dejó caer sobre ella, Sofía supo que sabía lo que estaba pasando.

—¿Interrumpo algo?

Ella quiso decir que sí, que interrumpía el momento más humillante que había sufrido desde que él la dejó sin hogar.

—Llega usted en un buen momento, milord —comentó la que respondía a lady Valery—. Estábamos intercambiando opiniones con esta señorita.

Sofía puso los ojos en blanco.

—Lamento haber frustrado su tertulia —dijo Byron.

—Oh, no se preocupe, lord Kinsberly. No queremos estar más tiempo cerca de esta mujer.

El marqués miró de reojo la reacción de lady Sofía ante aquel comentario. Parecía contrariada y el rubor de sus mejillas se hacía evidente sobre su tez pálida.

—Se lo agradezco —dijo él—. Tengo unos asuntos que resolver con lady Sofía Jackson.

El desconcierto de las señoritas no fue en absoluto disimulado.

—Nos cuesta comprender que un hombre como usted se acerque a alguien como esta mujer.

—Es una fulana precedente de a saber dónde.

—No les permito que vuelvan a ofenderme —explotó Sofía, impulsada por ser humillada delante de él—. Será mejor que se marchen por donde han venido.

—¿Cuál es problema?

Aunque deseó que ellas no le respondieran, en el fondo, ella también quería conocer el motivo de haber despertado tal desagrado.

—Mi prometido ha roto nuestro compromiso, milord —musitó, angustiada, lady Valery—. Su padre quiere que se case con esta mujer. ¡Pero yo sé que lo hacen por su dinero! —Sofía pudo sentir en los huesos el desprecio con que la miró—. Jamás estaría a mi altura.

—Nadie sabe de dónde ha salido, es una desconocida para todos nosotros —murmuró la otra.

Impaciente por acabar con aquello, Sofía cogió a Dalila de una mano dispuesta a marcharse de allí. Era tal su urgencia por huir que no le importaba que la vieran con esa familiaridad hacia una doncella.

Pero algo la retuvo. Una fuerte y grande mano enguantada la sostenía por el brazo libre. Cuando bajó la vista, vio que se trataba de lord Kinsberly, que la sostenía mientras no apartaba la vista de sus agresoras.

—Deberían ser más respetuosas y menos desconfiadas con las personas que se mudan a nuestra ciudad, señoritas —murmuró—. Estoy seguro de que lady Sofía merece el mismo respeto que cualquiera de nosotros.

Ofendidas por no recibir su apoyo, las dos damas murmuraron algo entre sí y dieron media vuelta. Pero no sin antes fulminarla una vez más con la mirada.

Sofía se soltó de él y recuperó la compostura antes de que él volviera a mirarla.

Cuando sus ojos se encontraron, claros los de él, oscuros los de ella, intentó buscar las palabras que quería decir, pero no lo consiguió.

—¿Está usted bien?

Ella asintió.

—Le agradezco su intervención, pero no hacía falta.

Él sonrió.

—Me dio la impresión de que sí. —Miró por donde se habían ido aquellas impertinentes—. En Londres, suele ser muy cruel con quienes no se conoce.

—La ciudad no es cruel —lo corrigió—. Las personas lo son.

Él asintió. Sofía se preguntó si habría percibido la sutil insinuación.

—¿Recibió mi nota? —preguntó él.

Claro, la nota. Por eso estaba él allí. Pero si no había leído mal, había dicho que la visitaría más tarde.

—Decidí dar un paseo mientras llegaba la hora de nuestra cita —dijo él leyéndole el pensamiento—. Es una coincidencia haberla encontrado.

—Quería comprar algunos accesorios.

—¿Alguna fiesta?

Ella asintió.

—Una boda, concretamente.

Lord Kinsberly pareció sorprendido.

—No sabía que tenía amistades tan cercanas.

—Llevo varios meses aquí, milord —replicó ella—. Por extraño que le parezca, hay personas que disfrutan de mi compañía.

Byron sonrió.

—¿Me permite disfrutar de su compañía? Podríamos desplazar la reunión a un paseo por el parque si no le parece mal.

Ella lo dudó un instante.

Lo cierto era que parecía más agradable que en su primer encuentro. La había defendido en un momento bochornoso y, además, parecía sincero ante su propuesta de dar un paseo por el parque para disfrutar de su compañía.

Sofía asintió y aceptó el brazo que él le ofrecía para iniciar el paso.

Interiormente, se dijo a sí misma que todo iba sobre ruedas. Que aquello era justo lo que necesitaba para llegar hasta a él y conseguir de alguna forma lo que quería. Pero se sentía tan a gusto que por un momento se preguntó si estaba siguiendo el plan o su instinto.

Miró hacia atrás por encima del hombro, donde Dalila los seguía a un paso prudente, como una buena doncella. Bastó ver el ceño fruncido de su hermana para comprender que las cosas podían ponerse muy difíciles.

CAPÍTULO SIETE

—¿Ha pensado en mi propuesta?

Byron no quería irse por las ramas con las preocupaciones que tenía encima. Si ella decidía participar, estaría encantado de dar cien paseos como aquel llevándola del brazo. Pero si, por el contrario, rechazaba su invitación, sería razón suficiente para no tener que volver a verla.

La muchacha estaba nerviosa. Sentía el temblor de su cuerpo en la presión del antebrazo. No hacía frío de momento, así que sacó la conclusión de que sus nervios se debían al episodio que acababa de protagonizar.

—He pensado en su propuesta, lord Kinsberly —dijo ella cuando ya pensaba que no obtendría respuesta—. Pero tengo varios puntos confusos.

Pasaron por una hilera de árboles que comenzaban a florecer. Byron vio varios bancos vacíos, pero decidió seguir caminando.

—¿Cuáles son? —le preguntó.

—No me interesa en absoluto la ganadería.

Una risa espontánea escapó de sus labios. Casi podía asegurar que, por extraño que pareciera, le había gustado la respuesta.

—A mí tampoco, milady. Por eso me limito a distribuir el ganado a socios que se encarguen de él —dijo, aún con la sonrisa en los labios—. Yo solo firmo papeles y recibo cheques.

Su administrador, el señor Blain, hacía gran parte también del trabajo sucio.

Byron le relató algunas cosas sobre el negocio familiar para intentar despertar su interés, pensando que, si conocía la prosperidad en la que su padre había mantenido el patrimonio, ella quisiera formar parte de ello.

Al pasar bajo los frondosos árboles, algunas hojas secas habían caído sobre el sombrero de lady Sofía. Se detuvo para quitárselas, sin cesar de hablar.

Pero su brusco movimiento para apartar una astilla enganchada en el lazo del sombrero de paseo de la joven provocó que este se deshiciera y el sombrero cayera hacia atrás.

Byron se disculpó con torpeza mientras lo recogía del suelo. Cuando se lo entregó, olvidó de lo que estaban hablando.

Cuando la vio por primera vez, fue tan corta su visita que no le dio tiempo ni a quitarse aquel sombrero de mañana que no le permitía ver su cabello. Pero ahora lo tenía por completo al descubierto.

La frondosa melena oscura estaba recogida en un moño lleno de bucles, ataviada con horquillas en la nuca. Percibió el rubor de ella al encontrarse con sus ojos escrutadores.

Lady Sofía Jackson era hermosa. Respetaba la opción de aquel caballero que había roto su compromiso después de conocerla.

—¿Lord Kinsberly?

Byron pestañeó, volviendo a la realidad. Ella había vuelto a colocarse el sombrero en su sitio y lo miraba interrogante, como si le hubiera hecho una pregunta.

Pero Byron escogió ese momento para cambiar de tema, pues el suceso anterior y ella en sí misma habían despertado una curiosidad poderosa en él.

—¿Por qué decidió venir a Inglaterra?

Su pregunta la tomó por sorpresa.

Había reanudado el paso nuevamente, pero, esta vez, jugaba con sus guantes, sin tomar su brazo. Él sostuvo sus manos cruzadas tras la espalda, paciente, hasta que ella decidió hablar.

—Me pareció la mejor opción para emprender mi objetivo —respondió.

—¿Su objetivo es convertirse en la mujer soltera más rica de América?

Ella rio, lo que provocó una sonrisa en Byron.

—Soltera sí, la más rica no lo sé.

Byron frunció el ceño.

—Es usted muy joven para renegar a casarse.

—No quiero hacerlo.

—Nadie con sentido común quiere —dijo él.

Ella lo miró de reojo al llegar a un abeto lleno de flores amarillas.

—Al parecer, estamos de acuerdo en algo.

Byron se detuvo ante el arbusto, pero en lugar de mirar las flores la miraba fijamente a ella. Animándola a seguir hablando.

—Solo estoy aquí por un tiempo limitado —musitó mirándolo a los ojos—. En cuanto consiga lo que deseo, me marcharé.

Contrariado, Byron tuvo la sensación de que cada cosa que ella decía abría las puertas de mil preguntas más.

—Es muy enigmática.

Ella sonrió, conforme con el adjetivo.

Pasearon durante un buen rato más hasta que el frío de la próxima noche los obligó a retirarse. Byron se ofreció a acompañarla hasta su casa, algo que sin duda ella no consideraba necesario.

Ante su insistencia, ambos emprendieron la marcha con la joven doncella tras ellos, que parecía tener cada vez más frío.

—No le he dado las gracias por lo de antes —escuchó que decía después de un rato de silencio.

Byron bajó la vista hasta ella, abrazada en sí misma para protegerse del repentino viento. En sus ojos pudo leer el agradecimiento.

—Ha sido todo un placer.

Una expresión extraña en su joven rostro llamó su atención.

—¿Le sucede algo?

Ella negó con la cabeza y apartó la mirada.

Cuando llegaron a las puertas de su casa, Byron consideró finalizado el paseo.

Estaba claro que de poco había servido ser caballero y servicial. No había obtenido una respuesta a lo que necesitaba. Ella seguía sin decirle nada sobre si había posibilidad de una asociación entre ellos o no.

Intentó saber algo más sobre ella misma, y tampoco logró investigar gran cosa. Solo hablaba de un objetivo y que, al resolverlo, se marcharía. A estas alturas y basándose en lo que veía, estaba claro que estaba en busca de fortuna.

Lady Sofía dijo algo en voz baja a su doncella, que entró de inmediato en la casa. Byron sintió una punzada de esperanza.

Cuando sus miradas se encontraron, él advirtió una vez más aquella expresión de inquietud.

Un paso involuntario lo acercó más a ella.

—Parece que es usted quien no se fía de mí.

Ella titubeó un segundo.

—No es eso, milord.

Ella intentó apartar la mirada, él se lo impidió.

—Entonces dígame lo que necesito saber. —Byron comenzaba a quedarse sin tiempo.

Lady Sofía dio un paso atrás, como si el contacto de su mano en su barbilla fuera irritable.

—Quiero que me diga por qué debo confiar en un hombre que desterró a sus antiguos socios de sus tierras.

Como movido por un resorte, Byron volvió a acercarse a ella y la tomó de los brazos. Ella soltó un grito ahogado por la sorpresa, pero sabía que no le estaba haciendo daño.

—¿Qué diablos está diciendo?

—¿Acaso no es cierto? —le preguntó con sarcasmo.

—Me debían mucho dinero.

Lady Sofía hizo un mohín de fastidio.

—Entonces me hará lo mismo a mí si yo no pago mi parte. No veo ninguna seguridad en tener negocios con usted.

Anonadado de que los comentarios hubiesen llegado hasta ella, comprendió que no tenían nada más de qué hablar.

—Es una lástima que piense así, lady Sofía —dijo—. Esas personas no conocían la lealtad en los negocios.

—¿Y usted sí?

Los rumores que circulaban sobre él no lo ofendían en absoluto. Lo fastidiaban, no podía negarlo, pero no había sido hasta ese momento cuando realmente se había sentido ofendido. El hecho de saber que ella pensaba eso de él le causaba un incómodo desasosiego que no alcanzaba a comprender del todo.

—Por supuesto que sí —replicó con desdén.

Ella pareció tomarse aquella respuesta como si acabara de pisarle un pie sin compasión en una pista de baile. ¿Pero qué le pasaba a aquella mujer?

—Es muy tarde, lord Kinsberly —susurró. Ya había dejado de debatirse

para zafarse de él, y en la tranquilidad de la extraña cercanía, Byron sintió que estaban solos en la calle.

Pero cuando se disponía a soltarla para marcharse y olvidarse de ella y la absurda idea de incluirla en sus asuntos, ocurrió lo que menos esperaba.

Su percepción le dio la aprobación en un segundo al asegurarle que estaba lo suficientemente oscuro para que nadie pudiera verlos, y su impulso fue tan primitivo que se preguntó si lo había deseado realmente o si actuaba por la tentación de la cercanía de una presencia femenina.

Para cuando la respuesta acudió a él, sus labios ya estaban sobre los de ella.

Byron la sostuvo con agresividad contra él. Quizás se había convertido en algo que no era tras la muerte de su padre y verse abrumado por la carga de una familia como la suya, pero lo hacía todo por ellos.

En el beso depositó la furia que le causaba saber que ella lo veía de aquella forma, pero también dejó escapar un deseo reprimido desde el primer momento en que la vio.

Cuando la soltó segundos después, ella se quedó anonadada entre sus brazos, sin creer lo que acababa de pasar.

Sin embargo, el realmente confundido ante aquella situación era él.

A riesgo de ganarse toda su mala voluntad, la soltó y se marchó de allí. Sin decirle siquiera una palabra.

Sofía entró en casa y se quedó apoyada en la puerta cerrada, sin comprender nada.

Algo sí lograba entender; se sentía terriblemente atraída por su enemigo.

¿Por qué la había besado? ¡Y en plena calle!

Cualquiera podría haberlos visto, y conocía bien las reglas sociales y las consecuencias de un acto irresponsable como aquel.

No obstante, el sabor de sus labios continuaba cosquilleándole en la boca, y algo en el estómago no cesaba de vibrar.

Aquello no podía estar pasando.

Las cosas se le habían complicado de la noche a la mañana. De pronto, no veía la forma de vengarse de él, pues no le quedaba dinero suficiente para asociarse con él y aplicar el plan con el que había ido hasta allí. Y, por otro lado, estaba descubriendo a una persona que no creía que existiera.

Su corazón se negaba a creer que el marqués que había desterrado a su

padre y el hombre que acababa de besarla y que había paseado con ella por el parque mientras hablaban eran la misma persona.

—¿Sofía?

Su padre la miraba interrogante desde la otra punta del vestíbulo.

—Papá —dijo.

—¿Estás bien, pequeña?

No, no lo estaba.

Cómo iba a decirle que incluso antes de iniciar su venganza ya había fracasado. Después de aquella conversación, estaba segura de que lord Kinsberly no volvería a insinuarle nada más al respecto sobre su economía.

—Estoy cansada, eso es todo.

—Dalila me ha dicho que estabas con ese hombre.

Ella intentó parecer serena.

—Creo que no podré hacerlo, papá.

Esperaba un reproche, un reproche de que ya se lo había advertido en varias ocasiones. Pero lo único que recibió de él fue una sonrisa.

—Me alegra oír eso.

Se marchó, dejándola sola con sus pensamientos y más confusa que antes.

CAPÍTULO OCHO

El décimo sexto día sin tener noticias de lord Kinsberly, Sofía se planteó seriamente tirarse al río Támesis. Se sentía la mujer más estúpida de todo el país. Del mundo, de hecho, con la dimensión que ello significaba.

Se obligó a no recordar el beso que habían compartido. Algo que no logró con mucho éxito, pues era lo único que la acompañaba durante el día. Cuando el marqués acudía a su mente en forma de anhelo, se obligaba a recordar que estaba en aquella ciudad haciéndose pasar por otra persona por su culpa.

Cuando sentía deseos de escribirle e inventar cualquier pretexto para volver a verlo, se repetía una y otra vez que era un hombre cruel y sin escrúpulos, al que lo más probable no le hubiera importado besarla a ella como besar a una rana. Se dijo una y otra vez durante dos eternas semanas que no valía la pena quedarse allí en una vida que no era la suya.

En el último evento al que se había visto obligada a asistir, la boda de unos aristócratas que estaban dispuestos a hacer un breve negocio con ella, había tomado la decisión de marcharse a un humilde pueblo con su padre y su hermana pequeña cuanto antes.

Ellos habían acogido la noticia con conformidad y alegría, aunque no se atrevían a preguntar qué había sucedido para que cambiara de opinión a los pocos días de encontrar al marqués, sospechaban que era lo mejor para todos. Su padre había reducido aquello a que todos los rumores sobre su mal corazón eran ciertos, y prefería quedarse con lo poco que habían logrado recuperar antes que malgastar tiempo en una venganza en la que su hija sería la más perjudicada. Dalila, sin embargo, sospechaba que algo había sucedido el anochecer que los dejó solos frente a su casa. Pero respetaba en demasía a su hermana para osar preguntar.

La cabeza le explotaría como no cesara de darle vueltas a todo aquello. Ni siquiera los paseos matutinos con su hermana surtían efecto. Como esa mañana, que no conseguía apartarlo de su mente.

Un murmullo la dispersó de sus cavilaciones. Frente a ellas, mujeres, caballeros y niños sonreían mientras dejaban pasar entre dos hileras a dos caballeros y una dama que se abrían paso. Estaban de espaldas a ella y Dalila, y se dirigían a un alto edificio rojizo del que sobresalían pequeños cuerpos por los ventanales.

Eran niños y niñas que saludaban con sus manitos a todos aquellos que estaban a sus pies.

Uno de los caballeros que desfilaba se quitó el sombrero para saludar a alguien con efusividad. Sofía reconoció su cabello claro de inmediato.

La inquietud que había sentido tras besarlo volvió como si acabase de suceder. Dalila le dijo algo tirándole del brazo, pero ella no escuchaba a su hermana ni el ruido que hacían los presentes.

Sus pies caminaron en su dirección antes de que pudiera comprender por qué. Esquivó a gente que se negaba a ceder su lugar, convencidos de que ella intentaba ver a los protagonistas más de cerca. Nadie sabía que lo que quería en realidad era llegar hasta él.

Lord Kinsberly asentía a las felicitaciones de los presentes según continuaba con la marcha hasta el edificio. No sonreía, pero en su rostro se veía un aire de satisfacción. El otro caballero era un hombre que no seguía todas las etiquetas del momento, pues no llevaba sombrero de copa y sujetaba con fuerza la mano de la dama que estaba a su lado, algo escandaloso, aunque estuvieran casados como pudo comprobar al ver sus argollas.

Abriéndose paso como pudieron, llegaron hasta la entrada del gran edificio del que colgaban algunos adornos festivos. Se trataba de una inauguración.

Era el orfanato de lord Byron Kinsberly.

Sofía miró a Dalila tras ella, que asintió confirmándole que estaban ante la obra benéfica de la que le había hablado.

Cuando comprendió que el negocio ganadero del marqués le complicaría llevar a cabo sus planes de estafarlo, sopesó la idea de utilizar aquel lugar para llegar a su objetivo. Pero en ese momento, semanas después, todas las ideas le parecían lejanas y terribles. Impropias de alguien como ella, que la

atormentaba por las noches lo sucedido con Ronald Keskie, a pesar de que era un hombre monstruoso y sin escrúpulos.

El lugar no era gigante, pero sí lo bastante grande como para ocupar gran parte de la calle. Los niños y niñas que saludaban desde las ventanas entraron y dejó de verlos, y al regresar la vista a la calle, se dio cuenta de que el marqués y sus acompañantes también estaban entrando en la residencia.

Antes, sin embargo, el caballero sin sombrero silenció a la multitud con un gesto elegante para hablar.

—Les agradecemos haber acudido a la inauguración de *Amb's Soul* — comentó con proyección. El marqués y la dama desconocida estaban tras él.

Continuó hablando mientras todos lo escuchaban con una tensión que le costaba creer, pues no consideraba a los aristócratas londinenses interesados en las obras sociales.

Su hermana pequeña parecía muy atenta, pero ella no podía apartar la mirada del marqués. Involuntariamente, el momento en que la había besado volvió hasta ella como traído por el viento. No comprendía por qué lo había hecho. De la misma forma que no entendía por qué no lo había detenido. ¡Se acababan de conocer!

Cuando todos aplaudieron y comenzaron a disiparse, los protagonistas dieron media vuelta para entrar por fin. Pero lord Kinsberly se quedó a medio camino mirando fijamente algo, o a alguien.

Le costó medio segundo darse cuenta de que la miraba a ella.

Había clavado los ojos sobre Sofía a través de los metros que los separaban y la cantidad de personas que se intentaban dispersar para agilizar el tráfico en la calle. Frunció levemente el ceño al reconocerla, y Sofía supo que notó desde su posición en el instante en que se quedó sin respiración.

Nerviosa, tomó a Dalila del brazo y la obligó a emprender la marcha y dirección opuesta. Su hermana replicó, molesta por la agresividad, pero ya le pediría disculpas más tarde.

No habían recorrido más de tres metros cuando él las alcanzó.

—Lady Sofía —la llamó.

Ella detuvo el paso y soltó a su hermana, a veces se le olvidaba que en público era únicamente su doncella.

Al girar sobre sus talones, se encontró frente a él. Se maldijo a sí misma al

costarle respirar.

—No sabía que vendría a la inauguración —dijo él, semblante serio—. No tenía idea que conociera este proyecto.

Ella fingió restarle importancia.

—Pasábamos por aquí en ese momento.

Él asintió.

—¿Le gustaría ver el orfanato?

¿Le gustaría? ¿Era buena idea continuar viéndolo si había renunciado a su venganza?

Con él mirándola, no pudo responder a sus propias preguntas, pero antes de darse cuenta, estaba caminando a su lado hacia el edificio de ladrillo rojizo.

Se toparon con Amber y Cedric en el vestíbulo.

—¡Byron! —exclamó su hermana—. ¿Qué estabas haciendo ahí fuera?

Al ver a la dama que estaba a su lado junto a la doncella, la joven volvió a mirar a su hermano con los ojos como platos.

—Esta es lady Sofía Jackson —comentó él—. Nos conocimos hace unas semanas. Lady Sofía —le dijo—, esta es mi hermana, lady Amber Bussarch, y su esposo, el señor Cedric Bussarch. —A Byron le pasó inadvertida la curiosidad con que Amber miraba a la invitada—. El señor Bussarch también es director en *Amb's Soul*.

—En realidad, Hall lo es gracias a mí. —Rio Cedric.

Lady Sofía frunció el ceño al escuchar aquel nombre. Amber acudió en su ayuda.

—Mi marido se refiere a Byron, lady Sofía. Es el único que continúa llamándolo por su antiguo título.

—Hallington era demasiado largo, y Kinsberly, muy ostentoso —se justificó Bussarch.

Byron lo asesinó con la mirada, aunque en el fondo agradecía que continuara dirigiéndose a él como lo había hecho desde que iniciaron su amistad.

—Daré una visita guiada para lady Sofía —informó, mirándola brevemente—, estaba en la inauguración.

—¡Eso es fantástico! —acertó Amber.

—Ha sido un placer conocerla, lady Bussarch, señor Bussarch.

—Disfrute del paseo, milady.

Habían dado unos pasos cuando Byron miró significativamente a la joven doncella.

Lady Sofía pareció comprender.

—Dalila —le musitó—, ¿por qué no le preguntas a lady Bussarch si hace falta ropa y alimentos para los niños? Podríamos traerlos antes de marcharnos.

La acompañante asintió sin hacer preguntas y desapareció antes de que ellos volvieran a mirarse.

Byron la guio por los pasillos donde estaban las aulas, explicándole de una forma breve y concisa todo lo que tenía entre manos para sacar a flote aquel lugar.

Mientras caminaban, se percató de que ella estaba nerviosa a su lado. Notó que el interés a todo cuanto le decía era sincero, pero su ansiedad pronto le traspasó a él una molesta intranquilidad.

—En las plantas superiores, hay más aulas y los aposentos de los niños —masculló—, no creo que le interese subir escalones.

Ella realizó una sonrisa forzada.

—No me importaría.

Él la estudió un instante, su rostro contrariado decía todo lo opuesto.

—Si no quería venir, podía negarse, lady Sofía.

Ella se detuvo en mitad del pasillo y lo miró, avergonzada.

Al verla allí, frente a él con la misma expresión frustrada de aquella noche, Byron entendió de golpe la razón de su inquietud.

—¿Desea que la lleve a su casa?

En definitiva, había sido una mala idea llevarla hasta allí. Al verla desde la entrada del orfanato, sus pies arraigaron en el suelo, sin poder dar un solo paso.

Había pasado noches enteras recorriendo la habitación, preguntándose si la había besado como escape a la frustración que lo perseguía desde hacía tanto tiempo, o si lo había hecho por el deseo que se encendía dentro de él cuando la veía.

No se consideraba un hombre indeciso, pero desde que la había conocido no hacía otra cosa que dudar de sí mismo.

Al principio, no confiaba en ella. Le costaba creer que una mujer soltera y tan joven solo buscara hacer negocios en una tierra que no era la suya y sin ninguna familia tras su espalda. Llegó a concluir que su verdadero objetivo era aceptar la propuesta que más le conviniera de todas las que había recibido.

Había aceptado el consejo de Wolfwood para buscar en ella la ayuda que necesitaba para con su patrimonio familiar, pero conocer la idea que ella tenía de él lo había frenado a continuar con aquello.

No había hecho más que cambiar de dirección desde que supo de su existencia. Y eso no era lo peor. Tras el paseo por el parque, los enigmas sobre quién era no habían hecho más que fundar un deseo en él que se vio incapaz de reprimir.

—¿Cómo conoció al señor Bussarch?

Su pregunta la sorprendió, pero dejó escapar un suspiro al saber que no quería marcharse todavía.

—Es difícil de explicar.

Ella desvió la vista para posarla sobre un cuadro a su derecha.

—¿Es cierto que lo sacó de una vida más... complicada?

Byron tragó saliva, incómodo.

—Lo cierto es que no sé por qué se molesta en preguntarme, milady —masculló—. Está claro que la ciudad le ha proporcionado toda la información sobre mí.

—No tengo la menor idea de quién es usted, milord —replicó ella—. Porque no concuerda en absoluto nada de lo que he oído con lo que veo.

Byron apretó los puños al costado y se acercó más a ella.

—¿Y qué ve?

Pudo apreciar la lavanda emanar de ella con el mismo alcance que escuchó el rápido latir de su corazón.

Lady Sofía clavó sus ojos en él.

—Ayuda usted a demasiada gente y, sin embargo, perjudica a tantas otras —musitó. Byron frunció el ceño—. Dicen que es cruel y sin corazón y, sin embargo, todos vienen a la inauguración de su orfanato. —Lady Sofía bajó la vista un segundo antes de volverla a fijar sobre él, aunque, esta vez, a la altura de su pecho, como si ya no pudiera sostenerle la mirada—. Ya no sé si

es realmente un monstruo o le pasa igual que a mí y las circunstancias de la vida lo obligan a ser otra persona.

Byron estaba casi seguro de que el latido que escuchaba con tanta velocidad en ese instante era el suyo. Con un suave toque en la barbilla, la obligó a mirarlo.

—¿Esta no es usted?

Algo brilló en sus ojos, y Byron se sintió desarmado al no comprender nada.

—¿Es este usted? —replicó ella en un susurro.

Él dio otro paso al mismo tiempo que soltaba el aire contenido.

—¿Por qué le interesa tanto saberlo? —Ella pareció no comprender—. ¿Por qué quiere saber cuál de las dos versiones es cierta?

—Por... por negocios, claro.

—Miente —dijo él, más brusco de lo que habría querido—. No haremos ninguna clase de negocios juntos y lo sabe. Usted no está buscando eso.

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Qué insinúa?

—A mí no me engaña, lady Sofía, estoy seguro de que pronto estará comprometida con cualquiera de los caballeros que desean desposarla.

Ella se deshizo del tacto en la barbilla.

—Pronto me voy de la ciudad, así que está usted muy equivocado.

Congelado por la inesperada información, Byron dio un paso atrás para estudiar su expresión y corroborar que era cierto. Fue entonces cuando evocó en su mente las palabras que le había dicho a su doncella minutos antes.

—¿Se marcha? ¿A América?

Ella asintió, pero continuaba sin mirarlo.

Byron se obligó a sí mismo a mantener el control.

De pronto, algo en su interior había comenzado a desbordarse. Algo que desconocía y que recorría todo su cuerpo y aceleraba todavía más los latidos de su corazón. Antes de ser consciente de lo que hacía, sus labios comenzaron a formar palabras.

—Mi padre murió hace unos meses —musitó, llamando la atención de ella por completo, pues en ese momento lo miraba con los ojos bien abiertos y fijos en los suyos—. Era la persona que más admiraba en el mundo.

—Lo siento mucho.

—Murió sabiendo que yo no era lo que él creía.

Byron inició caminó unos pasos más hasta llegar a una puerta al final del pasillo, justo antes de doblar la siguiente esquina. Al entrar al despacho que le pertenecía, dejó la puerta abierta y se acercó al escritorio hasta detenerse junto a él, donde se apoyó mientras miraba un punto perdido en la pared. La sintió a su lado sin necesitar mirar.

—Cedric y yo formamos una banda en la que nos asegurábamos de mantener a salvo a todos los niños abandonados de las calles de Londres — continuó—. Por ese entonces había unos desalmados que los vendían como mercancía, eso a los niños. A las niñas les esperaba un camino mucho más cruel. —Escuchó un sonido ahogado a su lado—. Él me decía que me aceptaba, que no estaba decepcionado. Pero sé que de algún modo lo estaba.

—Eso es imposible.

—No lo es cuando te pasas la vida intentando ser como la persona que admiras, y mi padre jamás fue parte de nada que lo desviara de la etiqueta social.

—Lord Byron —la dulzura con que susurró su nombre lo obligó a mirarla —, lo que hizo es admirable. Aunque no estuviera escrito en ninguna regla social.

Él mantuvo su mirada, aceptando el consuelo.

—Podría haber arruinado el apellido de mi familia.

—Pero no lo hizo.

—Sin embargo —dijo, incorporándose y acercándose a ella—, ahora mencionan mi apellido en la misma frase que mencionan «quiebra». Porque él era de tan buen corazón que permitió que una veintena de granjeros dejaran de pagar las ganancias que le correspondían.

Ella desvió la vista.

—Eran gente humilde.

—Lo sé —susurró él—. Pude ver con mis propios ojos a uno de ellos. Y a veces me quita el sueño recordar su mirada, pero tuve que hacerlo.

Lady Sofía lo miró con intensidad.

—¿Cree que su dolor justifica lo que hizo, lord Kinsberly? Creo que... Creo que puedo entender que lo hiciera impulsado por proteger a su familia y

la fuente de la que los mantiene en lo más alto. Pero esa gente también tenía familia y solo luchaban para comer cada día.

—Aquel granjero no —informó con angustia, recordarlo le provocaba pesadillas por las noches—. Él no tenía a nadie, pensé que le sería fácil encontrar trabajo en una granja vecina.

Byron se quitó con ímpetu el sombrero y lo dejó caer en la silla que había tras él. Cuando volvió a mirarla, su tez estaba pálida y lo miraba como si acabara de ver un fantasma.

—¿Qué le sucede? —La furia amenazó con volver a él—. Si no va a comprender nada de lo que le digo, será mejor que la lleve a su casa y que no perdamos más el tiempo.

Pero ella continuaba mirándolo sin pestañear.

Cuando por fin reaccionó, dio unos pasos hasta él. Se detuvo tan cerca que alcanzó a ver sus ojos llenos de lágrimas.

—¿Dice que él no tenía familia? —le preguntó en un susurro.

Él negó con la cabeza, sin comprender qué importancia tenía eso para ella.

—Vivía solo en una granja a las afueras de la ciudad. Ahora está deshabitada, a la espera de que la alquile o la venda. Fue su pago.

—¿Cómo se llamaba?

Al verla tan afectada, Byron intentó recordar el nombre.

—Dalton Jaweys.

Para su sorpresa y desconcierto, ella reuló y le dio la espalda. Pero podía percibir y casi sentir los temblores que recorrían su pequeño cuerpo.

Al verla de espaldas, su fuego interior rugió desesperado. Era hermosa. Tenía el cuerpo más elegante que había visto jamás. Intentó controlarse sin éxito, pero se acercó a ella con un nudo en la garganta, dispuesto a liberarla de su malestar.

—Lamento haberla abrumado con mis problemas, lady Sofía —le susurró al oído—. Supongo que solo quería que conociera mi verdadera historia.

Y era cierto.

Jamás se había sincerado con nadie tras la muerte de su padre y haberlo hecho con ella había sido como por fin liberarse de una pesada carga.

Notó que ella se giraba lentamente, pues él estaba tan cerca que no le permitía hacerlo con libertad. En lugar de alejarse, la tomó de la cintura para

enfrentarla a él y sentirla a lo largo de todo su ser.

Se miraron un instante, pero sus labios llamaban toda su atención.

Comenzó a acariciarlos con la punta del dedo índice, dibujando la rosada comisura de su sonrisa.

Ella suprimió un gemido, lo inundó de placer.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

Como respuesta, él depositó un suave beso en el lóbulo de su oreja.

—Porque no quiero que se vaya sin que sepa cuál es mi verdadera versión. De hecho, creo que no quiero que se marche.

Lo dijo susurrándole al oído, y cuando ella pensó que pararía esa tortura, vino una mucho peor.

Byron la besó con la intensidad necesaria para que dejara de respirar. Cuando la dejó coger aire, con la boca abierta, ansiosa, acunó su rostro entre las manos para facilitar la tarea y volvió a besarla.

Repitió la acción una y otra vez. Se apoderaba de su boca con pasión y, después, la dejaba respirar para volver a apoderarse de ella.

Supo que ella estaba tan excitada como él cuando se agarró con fuerza a las solapas de su chaqueta.

—Ahora usted sabe quién soy —susurró contra su boca—. En lo que la vida me ha convertido.

Ella lo agarró con más fuerza y lo atrajo hacia ella, besándolo con la misma pasión que él. La inexperiencia e inocencia de sus movimientos le causaron ternura a la par que intensificaron su deseo.

Preso de la locura que le causaba su sabor y sus gemidos, la liberó un segundo para ir a cerrar la puerta. Cuando volvió, lady Sofía lo esperaba con los brazos abiertos.

CAPÍTULO NUEVE

Recorrió la curva de su cuello con la lengua y pequeños mordiscos que la hicieron estremecerse en sus brazos.

El gorro de paseo había caído sobre el escritorio y, por los bruscos movimientos de sus cuerpos al rozarse, gran parte del peinado se le había deshecho.

Byron exploró todo cuanto le permitió el elegante vestido de paseo color marfil.

—Sofía —susurró contra sus labios—. Mi Sofía.

—Por favor...

No esperó que se lo suplicara nuevamente.

Byron la alzó con delicadeza hasta dejarla sentada en la robusta mesa. Mientras la besaba con ardor, dibujó una línea de deseo en su espalda para continuar por la curva de los pequeños pechos.

Los acarició por encima del vestido hasta que ella no pudo más y echó la cabeza hacia atrás. Intentó recostarse, pero él se lo impidió, sosteniéndola, para seguir besándola.

Mientras, una traviesa, pero deliciosa mano continuó memorizando todo su cuerpo. Cuando llegó al límite de la prenda, la introdujo para acariciar los muslos bajo las enaguas. Y aunque pensó en detenerse, le bastó una mirada a la expresión de entrega de ella para continuar. La tocó ahí.

En el centro de todo su ser.

Sofía se retorció y se echó hacia atrás, desesperada por las caricias que le daba.

Byron suavizó la presión por temor a hacerle daño, pero aumentó la velocidad, dispuesto a llevarla al clímax más maravilloso.

La desesperación a la que la tenía sometida no retardó el momento en hacerla explotar.

Sofía se incorporó de pronto, alerta a los espasmos que atacaban con lascivia su cuerpo. Se agarró con fuerza a él y abrió más las piernas para dejarlo hacer. Los labios de Byron encontraron los suyos para evitar el grito y, entonces, en lugar de abrirlas, apretó sus extremidades entorno a él mientras disminuían sus fuerzas progresivamente.

CAPÍTULO DIEZ

Esa noche, Sofía se quedó despierta mientras su hermana pequeña dormía profundamente. Las caricias se repetían en su cuerpo cada vez que cerraba los ojos, por lo que había decidido dejar de intentar dormir.

El caliente de su cuerpo perduraba incluso tantas horas después y, sin embargo, las lágrimas de sus ojos contrariaban todo lo que sentía.

Nunca se había sentido tan mujer, tan deseada y tan ansiosa de ver a nadie. Contaba las horas de la eterna noche para que el sol reapareciera y él fuera a verla nuevamente. Estaba dispuesta a contarle todo a la mañana siguiente, durante o después del desayuno. O en el paseo que le había prometido. Pero el temor a su reacción la hacía huir a la par que desear que ese momento llegase.

No sabía cómo debía decirle que había ido hasta el centro de la ciudad de Londres bajo un perfil falso para acercarse a él y destruirlo. En ese momento, después de conocer todos sus secretos y saber quién era de verdad, se sentía como una mancha negra en su propia historia personal.

Lejos estaban los pensamientos en los que su yo interior más destructivo era incapaz de desposar de todos sus bienes a un hombre que protegía a su familia con el mismo fervor con que ella protegía a su padre y a la pequeña Dalila.

Apartó una lágrima con calma, resignada a aceptar que se estaba enamorando del hombre que la había desterrado de su hogar. Lo que la llevó a otro pensamiento aún más inquietante: qué diría su padre si llegaba a enterarse.

Algo estaba claro: ella y Byron no tenían ninguna clase de futuro. En cualquier caso, serían amantes, intentando no arruinar su apellido con un

escándalo social. Cuando él supiera que ni siquiera poseía el título de lady, sino que no era más que la hija de un granjero que había trabajado para su difunto padre durante décadas.

Otra rebelde lágrima recorrió su mejilla izquierda mientras una extraña sonrisa se le dibujaba en el rostro. Comprendió que por fin estaba libre, ya podía dejar de ser lady Sofía Jackson.

Un estruendo en la parte inferior la sacó de sus cavilaciones. No prestó atención, suponiendo que alguna de las doncellas continuaba despierta y había tirado algo. Pero el estruendo se repitió y, esta vez, fue acompañado de una conocida voz.

—¡Jaweys!

El grito alteró los latidos de su corazón incluso más rápido de lo que lo habían hecho las caricias y los besos de Byron. Dalila, que no despertaba con nada, se sentó de pronto en la cama, mirando con temor hacia la puerta.

—¿Sofi?

Sofía corrió a su lado y la abrazó para tranquilizarla.

—Estoy aquí, Dali —susurró.

—Esa voz...

—Es imposible, tranquila.

—¡Jaweys! —Volvió a gritar.

Impulsada por el terror que atenazó su corazón, Sofía corrió hasta la puerta y se puso como barrera ante ella.

—¡Hay que avisar a papá! —gritó su hermana.

—No te muevas de aquí, Dali —le ordenó cuando bajó de la cama para intentar salir.

—¡Jaweys! No me hagas esperar o te juro que te arrepentirás.

Sofía miró a su hermana pequeña, que se abrazaba a sí misma.

—Sofi...

Ella le indicó que guardara silencio llevándose un tembloroso dedo a los labios.

El silencio le produjo más inquietud que sus gritos. Pensó en su padre, que dormía en uno de los aposentos inferiores. En la ubicación que se encontraba, en la parte de atrás de la casa, era difícil que hubiese escuchado el escándalo. Pero nada le aseguraba que él no abriera puerta por puerta hasta encontrarla.

—Quédate aquí, Dalila.

—Sofi.

—No abras ni bajas hasta que yo te diga, por favor.

Atemorizada, su hermana asintió y se sentó en el borde de la cama.

Sofía no se consideraba una mujer valiente, aunque era capaz de afrontar diversas situaciones sin desmayarse como la mayoría de las damas de la alta sociedad. Haberse hecho pasar por una refinada aristócrata con fortuna la había hecho más fuerte en cierta forma. Y si había podido enfrentarse a él una vez, lo haría una siguiente.

Cuando bajó las escaleras en silencio, ataviada únicamente con un camisón, Sofía tuvo que recurrir a toda su voluntad para no echar a correr en la dirección opuesta.

Ronald Keskie estaba al final de la escalera ataviado con un traje marrón viejo y sucio.

La miraba con los ojos cargados de rabia, y le llevó más de un segundo reaccionar y correr hacia ella.

Sofía subió los peldaños que había descendido con rapidez, pero no lo suficiente antes de que él la atrapara y la tumbara sobre la escalera atrapada bajo su cuerpo.

—¿Pensabas que no iba a encontrarte, zorra? —gruñó. El hedor a alcohol la hizo marearse—. ¡Quiero mi dinero!

Ella se removi6 bajo su peso, pero solo consiguió hacerse daño en la espalda.

—No era tu dinero, Ronald.

—¿Era? —Él estudió su alrededor un momento—. Te has gastado mi dinero.

—¡Era de mi padre!

—En todo caso, era de ese marqués que os dejó en la calle.

—A eso he venido, a recuperar nuestra granja pagando la deuda que tú no pagaste.

Él se rio.

—No harás tal cosa, Sofía. ¿Y sabes por qué?

—Lo sé muy bien.

—Siempre supe que eras una chica lista.

—Pero no te saldrás con la tuya, Ronald.

Un grito procedente de la parte de arriba le provocó un escalofrío por todo el cuerpo.

Dalila.

Miró interrogante a Ronald Keskie. Su sonrisa contestó su muda pregunta.

—Pensaba que en Londres las viviendas eran más seguras, gatita.

Agrandó los ojos, asustada.

—¡Dalila! ¡Dalila!

—¡Sofí!

El grito procedió de muy de cerca y, cuando alzó la vista como pudo hacia el inicio de la escalera, vio otro hombre bajar con ella subida a su hombro.

Se detuvo a su altura y dejó a la pequeña sentada sobre un escalón.

Ronald la soltó, y ella corrió a abrazar a su hermana.

De pronto, un disparo resonó en la estancia.

Dalila soltó un grito desgarrador, y Sofía la abrazó con todas sus fuerzas. Pero cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que nadie había resultado herido, pero Ronald y el otro hombre mantenían las manos en alto y caminaban hacia atrás mirando en una dirección.

Sofía siguió su mirada y vio a su padre cubierto con una chaqueta y un rifle en la mano.

¡Y pensar que había estado asustada por él!

—Lárguense de mi casa —ladró Dalton Jaweys.

—Aunque estés metido en esta casa de ciudad, sigues siendo un viejo de campo, ¿eh?

—Lárgate, Keskie.

El hombre, alto y robusto, repasó la mirada por todos ellos mientras le señalaba a su compañero que saliera de la vivienda.

—Esto puede acabar muy mal —dijo—, o puede olvidarse por completo. Solo tenéis que devolverme lo que tú —señaló a Sofía— me estafaste.

—¡No te estafé! Hice lo necesario para recuperar lo que era nuestro.

Sus palabras, como era de esperar, no le importaban en absoluto.

Como si no hubiera irrumpido ilegalmente en una vivienda en mitad de la noche, Ronald Keskie dio media vuelta y se marchó.

Sofía corrió a cerrar la puerta mientras tras ella su padre abrazaba con

protección a una Dalila aterrorizada. Como era de esperar, la cerradura había sido forzada y la protección en su propio hogar, destruida.

Cómo la había encontrado era un incógnito para ella. Pero había dejado claro que estaba dispuesto a todo con tal de volver a tener en su dominio todo cuanto le había arrebatado. Y sería capaz de todo.

Sofía se apoyó en la puerta, temblorosa, escuchando los llantos de su hermana y los susurros tranquilizadores de su padre.

Intentó pensar rápido, y si quería poner a su familia a salvo y acabar con todo aquello solo tenía una opción.

CAPÍTULO ONCE

Mientras desayunaba con su familia, Byron miró su reloj de bolsillo cuatro veces a lo sumo. Había pactado visitarla a las nueve de la mañana. Desayunarían juntos y luego pasearían por el parque o harían lo que fuera juntos. Pero lo cierto era que estaba despierto desde hacía demasiadas horas para esperar a las nueve para el primer bocado.

Podía desayunar dos veces sin problemas.

—William, deja de dibujar y termina el desayuno, ¿quieres? —reprendió su madre a su hermano pequeño, que esbozaba con agilidad algo en su cuaderno de dibujo.

Él alzó la vista y se dio cuenta de que lo miraba a él y al papel repetidamente.

—¿Me estás dibujando, Will?

Su hermano no le respondió, por lo que Harley se levantó de su asiento para mirar lo que hacía.

—¡Harley! —exclamó su madre—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que dejes la servilleta en la mesa antes de levantarte? Por Dios, recógela del suelo. Haré que te traigan otra.

Byron suprimió una sonrisa que no pasó desapercibida a su madre, que frunció el ceño.

—Te está dibujando, Byron —le confirmó Harley—. Estás con una sonrisa mientras remueves el té.

No podía imaginarse siquiera qué pinta tendría. Aunque lo cierto era que William tenía un arte innato para dibujar. Lo hacía desde pequeño y podía decirse que todos eran más guapos en sus bocetos que en la realidad.

Su hermano miró con reproche a su hermana gemela, que aprovechaba

cualquier oportunidad para sacarlo de quicio.

—Odio que hagas eso —le reprochó.

—Y a mí me encanta que lo odies.

—¡Basta! —masculló su madre, aunque ya no le quedaban fuerzas para refrenar sus comunes ataques entre sí—. Hacía mucho tiempo que solo te dedicabas a los paisajes, Will.

El último retrato de su hermano había sido un dibujo de su padre, extraído de su mente días después de que muriera. Cuando Byron le preguntó cómo lo había conseguido sin tenerlo delante, él le respondió que le era suficiente haber memorizado sus rasgos durante quince años.

Habían pasado meses desde entonces, y Byron tenía curiosidad al igual que orgullo de saber por qué había sido el elegido en ser retratado nuevamente.

Pero nunca esperó la respuesta que escuchó.

—Hoy Byron está sonriendo.

Fue tan poco, y a la vez tanto, que el marqués dejó la taza a medio camino de su boca.

Así lo veía su familia. Como un hombre sin sentimientos que había muerto junto con su padre, con la única diferencia de que a él no lo habían enterrado.

Harley volvió a sentarse y lo miró con recelo, preguntándose a sí misma si era buena idea dejar escapar su locura para liberar la tensión o era el momento idóneo para ser la señorita decente que sabía cómo actuar en cada momento que quería su madre.

La marquesa viuda, sin embargo, pareció más que satisfecha de que un momento así quedara registrado, como si estuviera convencido de que no volvería a sonreír nunca más.

Pero sabía que volvería a hacerlo. Porque ahora tenía a alguien por quien sonreír. Lady Sofía Jackson lo había despertado de un perpetuo sueño en el que el cruel destino se había encaprichado de condenarlo. No salía de sus pensamientos. Deseaba volver a besarla y confiaba en poder hacerla suya pronto, porque su deseo viril había quedado insatisfecho el día anterior. Aunque si en algún momento le había herido el orgullo sentir que la necesitaba, en ese instante se le inflamaba nada más de recordar cómo había disfrutado bajo sus caricias.

Un lacayo lo sacó de sus ardientes pensamientos cuando se presentó en el

comedor.

—¿Qué sucede? —preguntó su madre.

—Una visita para lord Kinsberly, milady.

Byron frunció el ceño. No esperaba al señor Blain hasta dos semanas después, para informarle sobre el estado de unas nuevas negociaciones y sus beneficios.

—Yo no espero a nadie —dijo, dejando la servilleta en la mesa para ponerse en pie—. Además, voy a salir.

—La señorita dice que es urgente, milord.

Byron se detuvo en seco.

—¿Señorita? —preguntó, extrañada, su madre.

—Asegura que usted aceptará verla.

Debía ser ella.

Quizás los planes hubiesen cambiado y no lo esperaría en su casa. Ordenó al lacayo que la llevara a su despacho.

—¿Quién es, Byron?

—No lo sé, madre. Iré a averiguarlo.

Al pasar junto a William, echó una breve mirada al dibujo que reposaba sobre la mesa.

—Cada día mejoras tu talento.

Él lo miró sin asomo de conmoción, ajeno a todo el revuelo que había causado con aquel boceto.

Cuando llegó a las puertas de su despacho, vio en el interior a una joven ataviada con un sencillo vestido rosado bajo una capa que la cubría del opaco día.

Byron entró sin hacer ruido y cerró la puerta tras de sí. Ella se giró al escucharlo llegar, y el deseo se despertó de golpe.

Cruzó la distancia que los separaba en pocas zancadas y la atrajo hacia él para jactarse de sus besos. Ella pareció reacia al principio, pero la intensidad de él pronto aflojó sus defensas y se sumieron en un conjunto de besos y desesperadas caricias.

Aunque él estaba desesperado por volver a sentirla, tuvo la sensación de que ella lo atraía hacia sí como si fuera lo único que necesitaba.

—Espera —susurró ella en medio de un beso—, necesito contarte algo.

Byron negó con la cabeza y continuó besándola. Sin esfuerzo alguno, la alzó en brazos y fue con ella hasta uno de los sofás que adornaban la estancia frente a una chimenea.

—Ayer me quedé con ganas de más —susurró contra su cuello.

Sofía se removía en sus brazos e intentó levantarse cuando él la depositó en el amplio sofá.

—Por favor, necesito que hablemos.

—Después —jadeó—. Quiero tenerte, Sofía.

Con la destreza propia de un experto, le subió el vestido a la altura superior del muslo y buscó el lugar íntimo en que sabía que ambos olvidarían las palabras.

Sofía gimió contra su chaqueta al volver a sentir la deliciosa tortura que le provocaba con los dedos.

—¡Byron!

Sonrió contra sus pechos aún cubiertos por el vestido.

—Eso es, pequeña, di mi nombre.

El corpiño cedió bajo el arrastre de sus dientes y disfrutó de la exclamación de placer cuando cubrió uno por uno los pequeños senos con su boca.

El deseo que sentía por ella jamás lo había experimentado. Byron estaba enloquecido, aportándole placer y disfrutando al sentirla retorcerse bajo su cuerpo.

Las piernas de ella lo abrazaban a la altura de sus caderas y, con la mano libre, acarició su nuca, soltando las horquillas que sujetaban el apretado moño.

—Dime lo que quieres —le susurró.

Con suavidad, introdujo un dedo en su interior. Ella se aferró con más fuerza.

—Por favor...

—Lo sé, amor mío.

Para su grata sorpresa, él no era el único que deseaba aquello con tantas ansias. Sofía no cesaba de jadear, y los gritos de placer cada vez más altos lo obligaron a besarla para no ser oídos.

Cuando supo que estaba al borde de llegar al clímax, liberó la mano de entre sus cabellos para soltar, como pudo, su miembro viril. Pero mientras lo

hacía, la coherencia acudió como un jarro de agua fría.

—Sofía —musitó contra sus labios—, no puedo contenerme. Te deseo.

Ella, tan angelical como la primera vez que la vio, abrió un tanto los ojos para mirarlo entre la niebla del deseo.

Hubo algo que Byron no pasó por alto.

—Amor mío, estás llorando.

Byron secó con besos las lágrimas que caían de sus ojos. De pronto, un sentimiento de culpa y arrepentimiento lo hicieron alejarse. Sacó la mano de su falda y se arrodilló frente a ella, en el suelo. Cuando Sofía se incorporó para seguir en contacto con él y besarlo, se sintió un miserable.

—Perdóname —musitó entre besos—, estoy yendo muy deprisa.

Ella negó con la cabeza.

—No, Byron.

—Por Dios, me enloquece que digas mi nombre.

Volvió a besarla y, esta vez, se quedó reposando en sus labios.

—¿Por qué te has detenido? —preguntó ella en un hilo de voz.

—Estás llorando, Sofía.

—Pero no es culpa tuya.

—Te aseguro que no ayuda a mi hombría que llores mientras te doy placer.

Aunque ambos tenían los ojos cerrados, casi pudo ver el rubor en sus mejillas.

—Quiero más...

Él sintió debilitarse sus fuerzas.

—Tú... yo... esto...

—Lo sé —jadeó ella, atrayéndolo hacia sí—. Eres cuanto necesito.

Byron se abalanzó sobre ella sin esperar más aprobaciones.

Antes de que el sentido volviera a interponerse, entró en su interior y se apoderó del único rayo de luz que prometía con devolverle la vida.

Haría lo que hiciera falta por conservarlo.

Sofía terminó de vestirse como pudo. No logró hacer nada con el peinado, sin embargo, y el abundante cabello castaño le caía a la altura de los hombros, envolviéndola en un aire más juvenil.

Byron había sido tan dulce y caballeroso que prácticamente no había sentido dolor, sino un inmenso placer que todavía le hacía temblar las pantorrillas. Pero había llegado el momento de afrontar la realidad. Por lo menos, si decidía no volver a verla nunca más, se llevaría consigo el dulce recuerdo de haber sido suya.

Él sirvió dos copas de brandy cuando estuvo acicalado, se sentó a su lado y le ofreció una.

—Bebe —le dijo—, te ayudará a calmar los nervios.

Nada podía calmarla, salvo saber de antemano que él no la dejaría.

—Necesito contarte algo muy importante —musitó sin mirarlo.

Él buscó sus ojos con los suyos, pero solo encontró más lágrimas.

—Sofía, ¿qué sucede?

Buscando fuerzas de donde no había, Sofía pensó en su familia. En que, si no lo hacía, ellos no volverían a estar a salvo.

—Se trata de mi familia.

Él asintió.

—¿Vienen a Londres?

Pasó un momento antes de que respondiera.

—Ya están aquí —musitó.

Byron la obligó a mirarlo, sonreía como nunca lo había visto sonreír.

—Eso es una noticia maravillosa.

—Mi familia siempre ha estado aquí, Byron.

Él negó con la cabeza.

Sofía lo miró con culpabilidad. El miedo ya no permitía que cayeran las lágrimas.

—No soy americana. He vivido aquí toda mi vida.

Notó que un músculo en su mandíbula se contraía al darse cuenta de la mentira, pero después sacudió la cabeza y volvió afijar sus ojos claros en ella.

—Eso no tiene importancia, aunque hubiera agradecido que no me lo ocultaras. Así no hubiera dudado de tu fortuna. ¿Tu padre es conde? ¿Marqués? Un vizconde, ¿quizás?

Ella negó con la cabeza.

—Mi padre no tiene título —musitó, toda ella temblaba—. Y yo tampoco. No soy lady. Y tampoco tengo ninguna fortuna.

A esas alturas, Sofía le había contagiado el nerviosismo, lo que provocó que se pusiera en pie y con los brazos en jarras.

—Empiezo a estar muy confundido, Sofía.

Su padre siempre decía que, cuando un animal estaba enfermo, lo mejor era sacrificarlo cuanto antes para no hacerlo sufrir. Aquello, de alguna forma, no era tan distinto.

—Mi padre es un granjero —dijo, mirándolo a los ojos—. Y yo no soy Sofía Jackson. Mi nombre es Sofía Jaweys, y soy la hija del hombre al que dejaste sin hogar la noche de Navidad.

Byron dio unos pasos atrás al escucharla. Pudo ver con claridad el momento en el que evocaba en su mente aquella noche. No sabía si sería capaz de atar cabos de por qué ella había llegado a su vida, pero sabía que, cuando lo comprendiera, la calma se convertiría en tempestad.

—Tú eres la hija de Dalton Jaweys —musitó mientras la miraba incrédulo—. Has fingido ser otra persona todo este tiempo para... ¿para qué?

Sofía se puso en pie.

—Vine aquí a vengarme de ti. —Las lágrimas volvieron a llenarle los ojos—. Quería engañarte con la idea de ser tu socia y arrebatarte todo cuanto tenías. Ahora lo pienso y ni siquiera sé cómo iba a hacerlo. En realidad, ese no era mi primer plan.

A medida que hablaba, él se iba alejando de ella.

—Tu plan...

—¡Nos dejaste en la calle, Byron! Quería que conocieras el sufrimiento de ver a tu familia sin un techo donde dormir.

Él continuaba sin decir nada, únicamente la miraba fijamente, sin poder creer lo que escuchaba.

—Pero ahora sé por qué lo hiciste. Y aunque no te justifico, me doy cuenta de que no somos tan diferentes. —Sofía se situó a su lado—. El dolor también me obligó a transformarme en otra persona, capaz de hacerte daño. Pero yo...

—Cállate.

Sofía reuló, dolida.

—Byron, escúchame.

—No —rugió, acorralándola contra el borde de la mesa—. Las pesadillas

por lo que le hice a tu padre me han perseguido cada noche. ¡Ni siquiera sabía que tenía familia! Sin embargo, tú sabías que yo tengo a personas que dependen directamente de mí.

—Te juro que desistí de hacerte daño en el momento en el que te conocí.

—¡Tengo dos hermanos de quince años!

—Y mi hermana tiene trece, Byron. Dalila fue mi primera motivación. Tu dolor causó unas acciones que desencadenaron tragedias en cadena.

Byron la izó fuertemente por los brazos.

—Hice daño a mucha gente, pero no tenías derecho a engañarme de esta manera.

—Cuando te conocí, cambió todo, te lo juro.

Él lanzó una breve mirada al sofá donde acababan de hacer el amor. El dolor que sintió al imaginar lo que podía estar pensando fue tan intenso como el amor que sentía por él.

—Quiero que desaparezcas de mi vista —le espetó.

—Byron, escúchame, necesito tu ayuda. Mi familia está en peligro.

Él volvió a mirarla, con ira en los ojos.

—Cómo te atreves a pedirme ayuda.

—¡Porque me lo debes!

Sofía no pudo contener más el llanto. Él, preso entre el dolor de la mentira y la culpabilidad, se debatía entre abrazarla o soltarla y obligarla a marcharse.

—Tú nos dejaste sin nada —musitaba entre lágrimas—. Comprendí todo cuando te conocí y descubrí cómo eres. Pero eso no deshace nada de lo sucedido. Me debes esto, Byron.

Quizás, pensó, aquella era la forma de saldar su deuda con sus pecados.

—Te escucho. Pero —masculló contra sus labios—, te juro que tú y yo no volveremos a debernos nada. Porque has realizado tu venganza con creces, Sofía Jaweys.

Ella intentó zafarse de él para poder abrazarlo, pero sabía que no volvería a tocarlo nunca más.

—Lo que siento por ti no formó parte de ninguna venganza.

—Pero yo sí puedo utilizar lo que siento para vengarme de tu mentira —rugió—. Así que te recomiendo que me digas deprisa qué tengo que hacer para sanar el daño que le hice a tu padre, y después no volveremos a vernos

jamás.

Ella asintió, resignada.

—Suéltame, por favor. Me haces daño.

Él accedió, pero no se alejó de ella. En lugar de intimidarla, Sofía lo agradeció en su interior.

—Mi padre no os estafó, lo hizo Ronald Keskie, el intermediario entre los granjeros y vuestro administrador. Nos robó todo, Byron, por eso jamás visteis nada.

—Eso suena muy a tu favor.

—Fingí querer ser su querida para poder recuperar nuestro dinero — continuó—. Dalila me ayudó a sumirlo en un profundo sueño la noche que creía que me haría suya. —Byron desvió la mirada—. Nunca lo logré. Recuperé lo que era nuestro. Mi único pecado fue coger más para poder venir hasta aquí y fingir ser una dama rica de ciudad que poseía una fortuna.

Él la miró con rencor. Sabía que estaba recordando su primer encuentro; él no confiaba en ella.

—Tardaste mucho en llegar a mí...

—Mis más sinceras disculpas por hacerla esperar, lady Sofía Jackson — soltó con sorna.

Ella reprimió las lágrimas que luchaban por salir. Por un momento, pensó en decirle que su objetivo era pagarle y recuperar la granja, pero no quería empeorar las cosas.

—Ahora, Ronald está aquí, me ha encontrado.

Aquello pareció llamar su atención.

—¿Qué quieres decir?

—Quiere recuperar lo que me llevé. Y está dispuesto a lo que sea para lograrlo.

Sofía le contó el incidente de la noche anterior y, cuando su furia aumentó, quiso tener la ilusión de que estaba preocupado por ella.

—Sobre mi cadáver —rugió, dándole la espalda y pasándose los dedos entre el cabello—. Ese ladrón debe estar encerrado.

—Solo te pido que protejas mi familia —susurró—. Después te prometo que... que no volverás a verme jamás.

Byron la miró por encima del hombro y sintió la débil tentación de ir a

abrazarla. Pero sentía un gran dolor en el pecho. Y cuando la miraba, solo podía pensar en que mientras se enamoraba de ella, él solo era un objetivo con el que no sabía qué hacer.

—Eso espero, Sofía.

CAPÍTULO DOCE

En los días posteriores, Byron se negó a acudir a la llamada de auxilio de Cedric en el orfanato. Estaba desbordado con las donaciones y los niños que iban llegando de diversos barrios de Londres en los que se había corrido la voz, pero había dado cobijo a Sofía y su familia y no quería verlos.

Cuando se reencontró con Dalton Jaweys, su culpabilidad se acrecentó al saber que se había debilitado de salud tras su cruel destierro. El hombre no lo miró con odio, sino con una profunda pena que dejó en evidencia alguna conversación previa con su hija. La hermana pequeña resultó ser la doncella personal.

Byron se sentía miserable al darse cuenta de que en todo aquel tiempo su acto atroz de meses antes había sido peor de lo que había imaginado. Pero haberse enamorado de Sofía y saber que ella quería hacerle daño a su familia le impedía justificarla.

Ella y su familia, sin embargo, parecían más compasivos que él, pues no podía olvidar las palabras del señor Jaweys cuando se apareció en su casa con su hija.

—Todos hemos sido víctimas, lord Kinsberly. Además, de día no parece usted tan temible.

Amber le había escrito cartas asegurándole que ningún Ronald Keskie se había acercado por allí, por lo que estaba seguro de que ahí estaban a salvo.

Sofía tenía razón, por lo menos les debía eso.

Cuando sus excusas ya no eran validas ni para sí mismo, fue al orfanato. Cedric estaba molesto con él en demasía y se negó a dirigirle la palabra. Amber, que había ido a visitar los niños, le confesó que el verdadero motivo de su enfado era la familia Jaweys.

—Él no comprende lo que hiciste, Byron —le había dicho—. Sabes bien que nadie cree en absoluto que esta sea tu verdadera personalidad. Y mientras te empeñes en actuar como un hombre malvado y sin escrúpulos, no harás más que enterrarte en tu propio infierno.

—Estoy protegiéndolos. Eso salda mi deuda con ellos.

—Ellos no ganaron nada en su nulo y patético intento de vengarse de ti. Tú deberías aprender la misma lección: papá no va a volver porque odies tu título o dejes de ser feliz.

Lo enfurecía que todo aquello se lo dijera alguien con el corazón tan bondadoso como Amber, que veía lo bueno en todas las personas. Pero también lo torturaba que tuviera razón. No obstante, ya no sabía cómo dejar de ser así. Sofía lo había hecho sonreír nuevamente, había descubierto el amor y el deseo con la más ferviente pasión. Pero en ese momento, ella era la última persona a la que quería ver.

Y allí estaba, caminando hacia él en el mismo pasillo.

Cuando sus miradas se encontraron, intentó poner en ella todo el dolor que su engaño le había causado. Pero estaba casi seguro de que la miraba con el anhelo que sentía su corazón.

—Byron —susurró ella cuando se alcanzaron.

Él asintió en modo de saludo y se dispuso a continuar su camino. Ella lo detuvo.

—Espera —lo llamó—. ¿Qué ha pasado con Keskie?

El se detuvo, pero no la miró cuando habló.

—Las autoridades lo están buscando, ha dejado un rastro de delitos a su paso, lo encontrarán pronto.

Ella asintió.

—Gracias.

Byron sopesó la idea de decirle algo mordaz, pero al mirarla y evocar los momentos en que estaba entre sus brazos no fue capaz.

Cuando reanudó la marcha, sintió clavados en su nuca los ojos de ella. Deseó darse la vuelta, pero no lo hizo.

Los días encerrada en *Amb's Soul* contaminaron su corazón de tristeza y

desamor. Byron iba únicamente cuando no podía evitarlo y, cuando lo hacía, se aseguraba de no tener que cruzarse con ella en ninguna circunstancia.

A medida que avanzaba la primavera, desde la ventana, podía observar que los árboles se decoraban con centenares de hojas, como si estuvieran felices.

Ella, sin embargo, buscaba la manera de no hundirse en su propia tristeza. Las lágrimas habían cesado, pero cuando recordaba los besos de Byron, el malestar se intensificaba.

Las semanas habían pasado y estaban convencidos de que Ronald Keskie había desistido de atacarlos al descubrir que era perseguido por las autoridades. Byron pactó con Dalton Jaweys volver a ser socios si lo deseaba, a lo que todos, excepto Sofía, estuvieron de acuerdo.

Su padre nunca le robó, por lo que no había motivos para que continuara acusándolo de tal cosa, y lo justo era retornarle su granja y su trabajo. Pero el mero hecho de saber que sus lazos permanecerían de alguna forma, le multiplicaba el dolor y la agonía de no poder estar con él.

El regreso a la granja donde se crio la ayudó a imaginarse que nada había sucedido. Que jamás se había marchado a la ciudad ni que había intentado hacer daño al hombre que amaba.

Byron les permitió quedarse con el dinero que les quedaba de lo que habían conseguido a través de Ronald Keskie y, gracias a las donaciones en el orfanato, su patrimonio dejó de correr peligro.

Ronald Keskie fue detenido en la ciudad de Londres poco después de que regresaran a la granja, lo que provocó un gran alivio para ella y un regocijo para la familia Kinsberly, quienes habían recibido de inmediato la cuantía que había registrada como pagos no realizados por los granjeros estafados.

Según su padre, en los periódicos se repetía una vez tras otra la noticia de que volvía a asociarse con granjeros.

Todo parecía ir sobre ruedas, pensó. Excepto que ellos no estaban juntos.

EPÍLOGO

Byron permanecía aislado de todos mientras admiraban el voluminoso vientre de Amber, quien no paraba de comer.

—Explotarás, hermanita —decía Harley.

—Faltan varios meses, me temo.

—¿Tú comerás así, Grace?

—Esperemos que sí, Harley, es el placer de estar en estado nuevamente: poder comer cuanto desee.

Ella y Wolfwood habían dado la noticia de que esperaban otro bebé al mismo tiempo que Amber dejó de verse la punta de los pies.

Byron intentó no recordarla. Pero lo cierto era que no dejaba de pensar que Sofía podría estar llevando un hijo suyo en su vientre, resultado de aquella vez en que pudo hacerla suya.

Se había visto tentado de ir a verla para comprobarlo, pero el dolor que aun sentía se lo impedía siempre que lo pensaba.

—¿Dónde está William? —preguntó su madre.

Byron lo buscó con la mirada en el salón y confirmó que no estaba allí con ellos.

—Iré a buscarlo —dijo.

Desde lo sucedido con Sofía y su familia, él nunca había vuelto a sonreír. Algo que repercutía de forma directa en su hermano pequeño, quien no tenía un referente al que seguir.

Lo encontró concentrado en una hoja en blanco en su alcoba.

Byron entró sin hacer ruido, interpretando la puerta abierta como una invitación.

—Te echamos de menos abajo, Will.

Al llegar a él, su hermano alzó la vista para mirarlo.
—Intentaba dibujarte.
—¿Me he convertido en tu mejor modelo?
William negó con la cabeza.
—Intentaba dibujarte como lo hice con papá, acudiendo a mis recuerdos.
Byron miró la hoja en blanco.
—¿No has podido? Puedo posar para ti si quieres.
—Quería recrear aquella mañana de hace meses en la que sonreías mientras desayunabas —le dijo—. Pero ya no la recuerdo porque no volviste a hacerlo.
Byron cerró los ojos e inspiró hondo.
—Sigo siendo yo, Will.
Su hermano se encogió de hombros.
—Quizás, pero está claro que no eres el Byron que sonreía esa mañana.
¿Por qué era?
Él lo miró sin comprender.
—¿Por qué sonreías?
—Por alguien que está fuera de mi vida.
William guardó silencio, pues toda la familia conocía la delicada historia de los Jaweys y la estafa sufrida por los granjeros.
—Si yo tuviera a alguien que me hiciera sonreír así, no la dejaría marchar.
Byron fijó la mirada en su hermano pequeño, a quien le había fallado. Sumido en su propia amargura, nunca había sido para él un ejemplo a seguir. Pues por nada del mundo quisiera que William se convirtiera en lo que él se había empeñado ser.
Dándole fuerzas a una idea en su interior, obligó a su hermano a mirarlo.
—Te prometo —dijo con firmeza—, que podrás volver a pintarme como ese día.

Byron la encontró dándole clases a su hermana pequeña bajo la tenue luz de una vela. Había cabalgado hasta la granja de la familia Jaweys con el firme objetivo de recuperar lo único que había sido capaz de devolverle a la vida.

El señor Jaweys se mostró reacio a dejarlo pasar, pues la última vez que había estado allí no había pasado nada bueno. Pero el rostro contrariado del

hombre le contestó que no lo buscaba a él esta vez.

Cuando Sofía lo vio, de pie junto al umbral de la puerta, quedó paralizada sin saber que hacer.

Tuvieron la cortesía de dejarlos solos, algo que agradeció enormemente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, visiblemente nerviosa.

Él acortó la distancia entre ambos, manteniendo aun un espacio prudente.

—Un niño de quince años me ha hecho comprender que debía venir.

—¿Venir para qué?

Byron dio un paso más. Esta vez, pudo apreciar el tierno temblor de sus labios al hablar.

—A buscarte.

Antes de que ella pudiera hacerle más preguntas que no quería responder, anuló la distancia entre ambos para besarla.

Ella lo recibió como si jamás se hubiese marchado.

—Te necesito, Sofía.

Acarició sus caderas, pequeñas como las recordaba, y sintió una profunda decepción.

—Sé lo que buscas —musitó ella contra su pecho—. Si has vuelto pensando que podía haber un bebé, puedes estar tranquilo.

Él negó con la cabeza.

—Pensé en esa posibilidad —confesó—. Pero mi verdadero motivo eres tú. Te quiero. Y ya me he castigado a mí mismo demasiado tiempo sin ti.

—Pensé que me estabas castigando a mí.

—Era lo que quería. Pero te aseguro que he sufrido más que nadie en el mundo sin ti.

Byron esperaba que nadie los interrumpiera por un buen rato, porque, aunque no se había encontrado con una Sofía voluminosa, estaba dispuesto a que eso cambiara muy pronto.

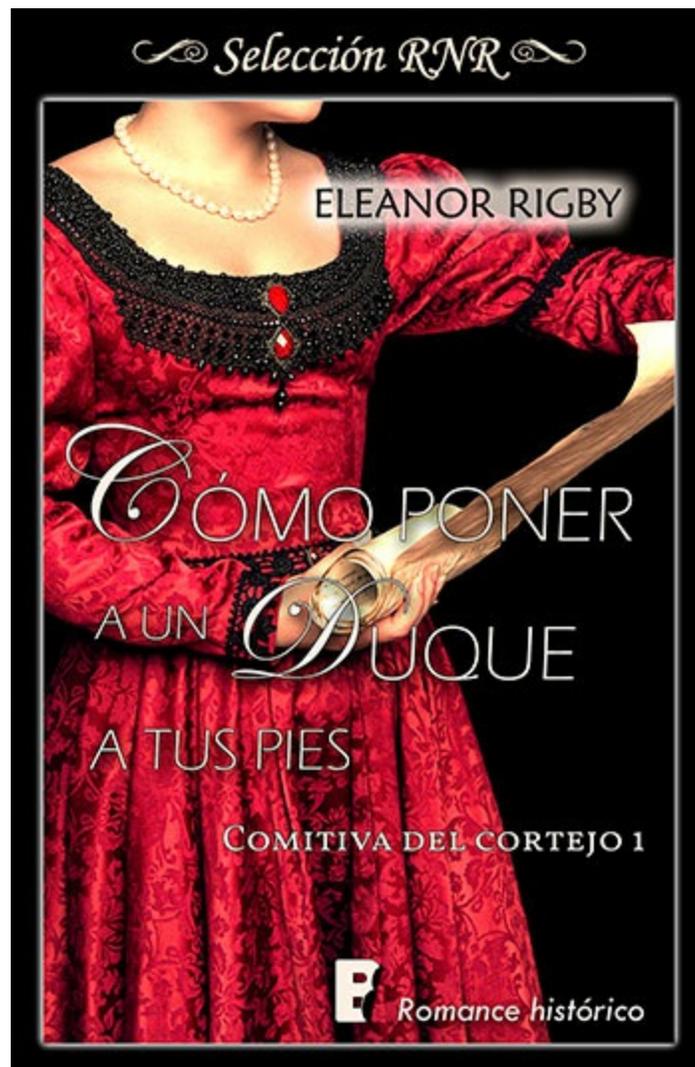
Si te ha gustado

Infiernos de pasión

te recomendamos comenzar a leer

Cómo poner a un duque a tus pies

de *Eleanor Rigby*



CAPÍTULO 1

Deseó volatilizarse y de inmediato se sintió culpable. Pensó en los besos que Clara y Arnau le habían regalado frente a la puerta de la escuela, justo antes de salir corriendo hacia el portalón. Esos besos son la clave de todo, Elisa, y lo sabes. Pero la mujer que la observaba ahora desde el espejo parecía burlarse de ella: mírate, tienes ojeras y estás flaca; son las once de la mañana y ya has cumplido con todos tus quehaceres, recogiste el traje de tu marido de la tintorería, llevaste la ropa usada a las monjas de tu antigua escuela y compraste la libreta que te pidió tu hija, ¡debes de estar agotada! Hizo un mohín y salió del baño. Subió a la buhardilla arrastrando los pies y deslizando el índice con indolencia por la barandilla. Abrió la puerta de su retiro y permaneció indecisa en el umbral, con la mano reposando sobre el manubrio dorado. El bastidor con el cuadro de punto de cruz que le había regalado su madre hacía un par de años dormía plácidamente junto al sofá, varias revistas de autodefinidos cubrían, desordenadas, la mesilla auxiliar, y *Suite Francesa* la aguardaba en el alféizar de la ventana con aquella tarjeta del gabinete de psicólogos que había empleado como punto de lectura sobresaliendo por su borde superior. Qué tedio... Finalmente decidió buscar en la librería algún título menos literario pero que lograra arrancarle una sonrisa; se dirigió a la estantería que cubría la amplia pared del fondo y se dedicó a repasar los lomos mientras los acariciaba con los dedos, suerte de vosotros que me transportáis; se percató de que algunos libros estaban mal colocados y pensó que, además, estaban distribuidos sin criterio. De repente se le ocurrió que podría clasificarlos e incluso crear su propio índice, por autores o tal vez por materias, y se emocionó, ¡horas de trabajo!, ¿por qué no?, la mente ocupada haciendo algo que le gustaba, repasando sus pequeños tesoros, como cuando trabajaba en la librería con Vicente, y se puso manos a la obra, una montañita de ejemplares por aquí, estos otros sobre la silla, vaya, tienen polvo, antes de recolocarlos he de pasarles un paño... Media hora después había vaciado todos los estantes y cientos de tomos apilados aguardaban desde todos los rincones de la buhardilla, expectantes. Dio varios

pasos hacia atrás, ¡por Dios, qué desorden!, se arrepintió un poquito de su arrebató y le vino a la mente el pasaje del Quijote en que se quemaban todos los libros de caballería; no pudo evitar reír: ¡si Álex entrara aquí ahora... haría lo mismo! Suspiró. Pero, ¡no te amilanes, Elisa!, ¿cuántos volúmenes pueden ser, quinientos? Lo harás por orden alfabético de autores, decidido. ¡Adelante, mujer! Sí, sí, adelante, se dijo, mientras reculaba con intención de bajar y preguntar a la asistenta, la buena María me sabrá decir con qué producto limpiar el mueble de caoba. Pero justo en ese instante sonó el teléfono. Sorteó los obstáculos hasta llegar al secreter y descolgó.

—¿Sí?

—¿Elisa? ¡Soy Pilar!

Elisa sonrió, hacía semanas que no hablaba con su amiga. Se sentó sobre la moqueta mullida, esas solían ser largas conversaciones. Tras los saludos iniciales y las preguntas y respuestas de rigor, sí, los niños están bien, y Álex ocupado como siempre, me alegro de que también vosotras estéis bien, surgió el verdadero motivo de la llamada.

—No sé qué te habrá contado Laura, pero sabes que mi hermana es una exagerada, Pilar —protestó—. Estoy bien. Es solo que me falta algo de actividad... De hecho le comenté a Álex que quizá debería volver a trabajar.

—¡Claro! Es una idea estupenda. ¿Y qué harás? ¿Volver con Vicente?

Elisa se mordisqueó el labio.

—No, no. En realidad... Álex dice que los niños son pequeños. Quizá en un par de años.

Elisa escuchó el silencio al otro lado de la línea, roto finalmente por un simple «vaya». Reaccionó rápido. No deseaba preguntas que ni ella misma se atrevía a hacerse.

—Oye, Pilar. ¿Sabes qué se me ocurre? El próximo fin de semana es la castañada y Álex va a estar de viaje. Si Montse y tú no tenéis planes, podríamos ir a celebrarla con vosotras; el Montseny debe de estar precioso ahora... —pidió, con confianza.

—¡Me parece una idea excelente! No íbamos a hacer nada especial. Venid el viernes; y si los niños hacen puente os podéis quedar hasta el martes. ¿Se lo dirás tú a Laura? Por cierto, que... ¿no has notado nada extraño en tu hermana, últimamente?

¿Laura? Elisa reflexionó. La había visto la semana anterior, celebraron el cumpleaños de su padre. Ciertamente no había estado muy locuaz, pero nunca lo era en presencia de su madre; las manías de esta y los eventos familiares la fastidiaban.

—No sabría decirte, Pilar. No he visto nada raro ni me ha comentado nada. ¿Por qué te lo parece? —preguntó, mientras observaba sin ver el esmalte de sus uñas.

—Bueno. No sé. Hablé con ella hace un par de días, la noté mohína. ¿No tendrá mal de amores?

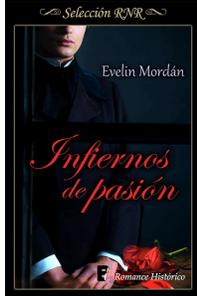
Elisa rio.

—¿Mal de amores, mi hermana? ¡Podría tener al hombre que quisiera con solo chasquear los dedos! Pero, ¿dijo algo en concreto?

—No. Concreto no. Estaba... filosófica, ya sabes, la vida, el tiempo que pasa... En fin, no me hagas caso. Todo el mundo puede tener un mal día. Oye, lo dicho, que os espero el viernes.

Acordaron la hora de llegada, discutieron un poco sobre lo mismo de siempre, que no, no traigáis comida, que sí, no seas pesada, Pilar, para finalmente despedirse sabiendo ambas que Elisa haría lo que le diera la gana al respecto. Colgó y quedó pensativa. Debía de tratarse de una apreciación errónea por parte de Pilar. Laura siempre le explicaba todo. Se levantó y fue hacia la ventana. Se sentó en el alféizar y observó el libro que Némirovsky nunca finalizó; angustia, miedo, incerteza, muerte. La recorrió un escalofrío. Decididamente no era una obra adecuada para su momento vital. La añadiría a cualquiera de las pilas, y quizá más adelante la retomaría. Observó de nuevo con pereza el caos literario que había organizado ella solita y de nuevo volvió a su hermana. Intentó analizar su comportamiento de las últimas semanas sin hallar nada inquietante en él y sin embargo... Mordisqueó la uña del pulgar mientras contemplaba la calle. Los plataneros estaban semidesnudos y las pocas hojas que resistían se mecían compungidas por su inminente final al ritmo de la brisa suave. La señora Victoria, la portera del edificio de enfrente, barría la acera con parsimonia, limpia que te limpia sobre limpio, aguardando, seguro, que algún vecino entrase o saliese para poder charlar ni que fuese unos minutos. Pero la calle estaba absolutamente desierta.

Una historia donde el perdón no existe, pero el amor sí.



Ella...

Byron Kinsberly se lo arrebató todo, y estaba dispuesta a vengarse. Pero cuando entre ellos surge un amor inesperado e inoportuno, Sofía olvida su lucha contra él para luchar contra un enemigo que amenaza con dañar a lo que más le importa.

Él...

Sofía Jackson le devolvió las ganas de vivir. Y cuando más vivo se sentía, descubre un destructor secreto que lo sumirá en la más profunda oscuridad.

Para salir, sin embargo, solo puede sacarlo la mujer que ama, a quien ha jurado crucificar en el infierno.

Evelin Mordán. Nací el 9 de noviembre de 1994 en la República Dominicana, pero desde los tres años vivo en España, en Barcelona, ciudad en la que he cursado los estudios superiores. Mi vida dio un giro completamente cuando a los catorce años leí un libro de Laura Gallego García: *La emperatriz de los Etéreos*. La autora cautivó todos mis sentidos y transformó una chica que odiaba los libros en una joven que de pronto no podía vivir sin ellos. Pero fue un poco más tarde, al leer por primera vez una novela de Romance Histórico, cuando me descubrí a mí misma. *A Sir Phillip, con amor*, de Julia Quinn, me transportó a una Inglaterra desconocida para mí en la Historia.

Edición en formato digital: marzo de 2018

© 2018, Evelin Mordán

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-970-6

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

INFIERNOS DE PASIÓN

PRÓLOGO

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

EPÍLOGO

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE EVELIN MORDÁN

CRÉDITOS